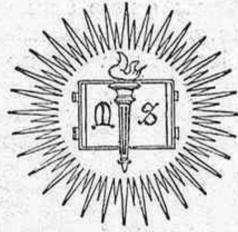


Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 13 DE ENERO DE 1913

NÚM. 1.620



LA CARIDAD

grupo escultórico de José Llaneces destinado a la Caja Municipal de Ahorros de Buenos Aires

(De fotografía de Asenjo y Salazar.)



Texto. — *La mujer de hoy*, por Salvador Farina. — *Odio africano*, por B. Morales San Martín. — *La cuestión de Oriente*. — *Madrid. Asamblea del partido conservador*. — *Alfredo Kiderlen-Wiechler*. — *El aviador catalán Luis Foyé*. — *El Padre Miguel Mir*. — *D. Mónico Sánchez Moreno*. — *Los terrores del radio* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades barcelonesas*. — *D. Manuel Estrada Cabrera*. — *El Canal de Panamá*. — *Barcelona. Homenaje a Venancio Vallmitjana*.
Grabados. — *La Caridad*, escultura de José Llaneces. — *Comensal inesperado*, cuadro de Jacobo Maris. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Odio africano*. — *La cuestión de Oriente*. — *Aspecto del Senado y primates del partido conservador*. — *La Tradición; Estatua yacente de D. Rafael Garreta*, esculturas de V. Vallmitjana. — *S. M. la reina Doña Victoria*, retrato pintado por J. Moreno Carbonero. — *Alfredo Kiderlen*. — *Boceto del monumento a Adelaida Ristori*. — *El P. Miguel Mir*. — *Luis Foyé*. — *Mónico Sánchez Moreno*. — *Tilla Ruffo*. — *Notas de Barcelona*. — *D. M. Estrada Cabrera*. — *El general Goethals*. — *Cañón a la entrada del Canal de Panamá*. — *V. Vallmitjana y sesión en honor de este escultor*.

ADVERTENCIA

En nuestro constante deseo de dar a LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA la mayor variedad posible, nos hemos procurado la colaboración del ilustre escritor Salvador Farina, una de las figuras más salientes de la literatura italiana contemporánea.

El eminente novelista escribirá expresamente para este periódico algunos artículos que alternaremos con las crónicas de nuestros colaboradores de España que desde hace tiempo venimos publicando.

El primero de estos artículos lo publicamos a continuación y excusamos hacer el elogio del mismo primero porque lo avalora, más que podrían hacerlo nuestras alabanzas, la firma de su autor, y segundo porque nuestros lectores apreciarán, sobradamente, sin necesidad de que les llamemos la atención sobre ellas, las bellezas de este trabajo.

LA MUJER DE HOY

CUANDO ES NIÑA

No hace mucho, hiciéronme una pregunta ociosa..., casi pavorosa; pedíase nada menos que la definición de la belleza femenina. Se me ocurrió que, en otro tiempo, en el país de los indios, la mujer, para ser guapa, debía tener los cabellos blancos y los dientes negros; que en la China y en el Japón el rostro femenino, para ser bellissimo, debía ser ancho como una torta, con la nariz aplastada y los ojos pequeños, rasgados y oblicuos, completándose estos rasgos de belleza con unos pies como de muñeca y un vientre abultado. Otras imágenes de la belleza femenina me suministraron otros pueblos asiáticos y americanos que deformaban (y quizás deforman todavía) los cráneos de los recién nacidos para mejorar el contorno de la cara; y aun en algunas comarcas alpinas de mi patria se quiso turbar mi sentimiento estético asegurándome que, a veces, las mujeres abundantemente dotadas de paperas son las preferidas por los hombres.

Por esto contesté así a la pavorosa pregunta: «La belleza femenina no es definible; el arte griego tuvo su Venus y se la dió, con otras muchas cosas divinas, a la antigua Roma; sin embargo, los romanos modernos, aun hoy bizantinos, son muy capaces de crear la belleza clásica, griega o romana, un tanto maciza, digna de parangonarse con la mujercita flexible, la mujercita serpiente, la mujercita ideal, nacida quizás en Londres, pero bien vestida desde hace tiempo en París.» Y contesté, además, que si se me pidiese una alabanza de la mujer, la conceptuaría perfectamente inútil, porque en todo tiempo la mujer se ha alabado por sí misma..., quiero decir, que siempre la alabaron su gentileza y sus gracias, pues poco añadieron a Venus el cosmético y el vestido.

Y no me salgáis, así dije, con que entre las mujeres las hay feas. No es verdad; las mujeres son siempre, en cierto modo, bellísimas porque han sido hechas para ser amadas. Y añadí: «A mí, en otro tiempo, me gustó el bello femenino en todas sus formas; altas o bajas, contentóme la belleza siempre..., cuando a ella se juntaba la bondad.» «¿Y ahora?», me pregunta alguna. Ahora soy viejo, pero pongo toda-

vía en mi altarja Venus buena y digo que belleza y bondad unidas son, acaso, el cielo que con ojos de estrellas mira a la pobre humanidad masculina.

De modo que a quien me pidió la definición de Eva bellissima le hice la alabanza de la mujer que hoy me es grato repetir. Mas pensando ahora en el argumento tentador, se me ocurren otras ideas que, unidas a las antiguas, quiero exponeros lisa y llanamente. Os diré todo mi pensamiento, aun a costa de disgustar a una lectora mía que no me encontrará bastante feminista, y aun a costa de disgustar a mi hermano masculino, el cual pensará lo contrario, pero aplaudirá mis palabras por un resto de caballerosidad antigua.

También la mujer tiene algún adalid: he aquí uno. El francés Juan Finot, armado de su buen sentido contra cierta ciencia masculina que pretende saberlo casi todo, y saberlo bien, se ha constituido en paladín de la mujer; pero el buen sentido de Juan Finot tomó, en mi concepto, demasiado en serio la estadística y la antropología, el ángulo facial y el peso del cerebro y todo lo demás que motiva la aparición cada año de centenares de volúmenes, bastante ligeros, los cuales, aparentando pesos inverosímiles, no hacen más que hacernos reír o sonreír.

«La mujer, dice Finot, es menos sensible que el hombre a los estímulos a veces brutales del amor.»

Procuremos entendernos bien y no confundamos el sentido bajo con el sentimiento. Hay otro amor, el amor grande, que está formado de piedad y que tiene en ésta sus más profundas raíces. Por este amor piadoso, por este sólo, me placiera realzar la sensibilidad de la mujer; porque es indudable que una menor sensibilidad en el otro amor será, a los ojos de la ciencia prepotente, otra prueba de inferioridad femenina. Y aun se dirá: la pobrecilla en nada nos iguala, ni en la fuerza física, ni en la inteligencia, ni en el criterio; y finalmente nuestra adorada siente menos el placer y el dolor. ¿Y por qué? Porque la mujer tiene la sangre pobre y también porque es muy escaso en su organismo el cloruro de sodio. No lo creeríais, vosotros hombres que alguna vez la adoráis tanto, pero la verdad es ésta: os habéis enamorado de una criatura que tiene poca sal y corréis el peligro de arruinarnos por una criatura un poco sosa. Ni más ni menos. Nosotros, varones tenemos en la sangre cuatro millones quinientos mil glóbulos rojos (no los habéis contado porque no alcanzáis a todo, pero la ciencia ha trabajado para daros este consuelo); y en cambio, la mujer tiene solamente tres millones quinientos mil. ¡Una miseria, una bancarrota!

Si no estáis persuadidos de que la cuenta de los glóbulos rojos demuestra algo, si las matemáticas no son vuestro fuerte, si duda vuestra fe en ciertos sacerdotes de la ciencia, por lo menos creeréis en una cosa más vulgar, en vuestro paladar.

Pues bien, amigos míos, probad a la mujer con un fin científico y veréis que vuestra adorada no tiene sal; cuando se promete o se casa, apenas posee la necesaria; cuando será madre de vuestros hijos os parecerá cada vez más insípida.

«En la escala de los seres creados, añade la ciencia, los más evolucionados (nadie lo diría) son los más salados: el pájaro tiene más sal que un pez; el pez es más salado que una rana.» Pero vosotros no dais crédito a la ciencia curiosa, muy curiosa, porque es alta; y es altísima porque tuvo todas las curiosidades y todas las satisfizo. Pues aun os maravillareis más cuando os diga que en un mismo animal, los miembros más activos son más salados que los otros; que hay más sal en el brazo derecho de un forjador que en el de un escritor que sólo maneja la pluma.

Y yo me pregunto: siendo así, ¿cómo mi brazo no se niega a escribir las cosas tontas que tantos leen y las consecuencias que de ellas deriva la ciencia?

La materia se apodera a veces del hombre para hacerlo audaz. Toda audacia nuestra se ejercita con la investigación y cuando la investigación no queda satisfecha hasta las últimas consecuencias, la criatura humana se muestra severa con el mundo en que vive y consigo misma. Entonces formula sus afirmaciones y las formula un poco por despecho y un poco por cansancio, o bien por vanagloria; para aparentar algo, a lo menos ante los demás, pone por las nubes las mayores extravagancias, dándolas por seguras.

Pero yo no vengo aquí con Juan Finot para defender a mi hermana, a mi esposa o a mi madre contra la ciencia de hoy; vengo para decir que cuando se me haya demostrado que el ángulo facial de la mujer es más próximo que el del hombre al de las

bestias (¡llorad, oh Venus!) yo seguiré afirmando que la bondad es siempre el fruto sabroso del amor. Esto dirá, así lo espero, la ciencia de mañana.

Tampoco vengo a decir herejías. Estando en el purgatorio durante todo el año, no discuto el infierno en que alguna vez me he encontrado, ni el paraíso, que acaso fué mio una hora o un día de mi existencia y que no volverá; hoy me contento con decir que la tierra querrá quizás terneros de nuevo y que quizás de nuevo se encarnará nuestra alma. ¿Y cómo? Así, por ejemplo: vosotros que sois banqueros, abogados o profesores, renaceréis novelistas italianos, en castigo de vuestros pecados; y yo, en cambio, que ya he expiado bastante, me vestiré de abogado o de banquero, para dejaros a todos vosotros poca ropa.

Imaginando posible este desastre, estoy verdaderamente desolado de mi renacimiento. Pienso ahora en la aflicción de verme de nuevo con cuatro nodrizas, como me acaeció, según me dijeron, la otra vez; de sentirme envuelto en fajas estrechas cuando tanto me gusta moverme por el mundo; de ser desfajado a lo menos dos veces al día..., porque... porque... haría seguramente lo que la otra vez hice; de tener que echar el primer diente y estudiar la primera poesía para recitársela a todas las señoras que fuesen a visitar a mamá; y finalmente de verme empujado por mi padre al pérfido engranaje del alfabeto, de la gramática, de la aritmética, del griego y del latín, hasta los logaritmos y los teoremas de Euclides, hasta Jenofonte y Platón. Horribles cosas, ¿no es verdad? Y sin embargo, en esta aflicción hay un lado bueno, un supremo consuelo y es que volviendo a nacer volvería a encontrar a mi madre.

¡Madre! Todo hombre nacido ha tenido una, y aun aquellos que no la han conocido sienten sus caricias durante toda su vida.

Pensad en la vuestra, que está a vuestro lado o que habéis perdido hace poco o hace mucho tiempo, pero que jamás os ha abandonado y que ahora mismo os toca en la frente y hace correr un dulce escalofrío por todo vuestro cuerpo. ¡Cuán buena, cuán bella era! Hasta cuando no era guapa tenía un cierto modo de ser bella, ¿lo recordáis? que no os saciabais de mirarla.

¡Oh! Si pudiese todavía posar en tu cara o hundir en tu corazón aquella su mirada amante para investigar todo, para infundirte valor a ti, que te encuestras solo, desolado, inerte casi, porque sufres demasiado, pronto sentirías nuevos ánimos para continuar la lucha. ¡Oh, si viniese una hora, un minuto siquiera! Ya viene..., cerrad los ojos..., ya viene. ¡Oh, madre querida! Sí, ciertamente todos nosotros, hasta cuando nos sentimos viejos, y aun entonces mejor que antes, lo mismo si tenemos aún madre que si la hemos perdido, volvemos a ser niños para decir: ¡madre querida!

Conozco muchos padres que se han hecho querer mucho de sus hijos; he conocido y conozco hasta padres celosos del amor excesivo que una hija adorada demuestra a la madre, o a una amiga, o al novio o a su propio hijo. Pero en todo su afán de ser amados entraba por mucho un sentimiento de autoridad, la conciencia del deber filial..., y peor aún si entraba en ello el convencimiento del derecho paterno. En cambio, el amor de la madre es todo naturaleza; y es tanto naturaleza, que casi es egoísmo. El padre sale, va a su trabajo, regresa a casa con hambre si todo le ha ido bien o inapetente si su principal estaba nervioso, si un pleito apelado se ha perdido y ahora será preciso llevarlo al Supremo y siendo pobre el cliente, si pierde no podrá pagar... Pero hace un par de caricias a su niña, desarruga un instante su frente para recibir el beso de ésta y luego se sienta a la mesa y come distraído, porque está pensando en las causas de nulidad, en los vicios de forma que podrán hacer casar la desdichada sentencia.

En tanto, la madre sirve la sopa a la niña o al niño y les dice que está sabrosa; también ella piensa en otras cosas, pero es más fuerte que el hombre, su compañero, y no deja traslucir sus pensamientos. Algunas veces no se siente bien y no lo dice en la mesa, al paso que el hombre fuerte, fuertísimo en su derecho de jefe de familia, sabiendo que todo el mecanismo del almuerzo o de la comida, en opinión de su mujer y de sus hijos, depende de él, y aun imaginán-

dose verdaderamente necesario, cree indispensable estropear la comida a todos, anunciándoles su dolor de cabeza producido por la cólera de su principal.

«Mamita hoy no come, anuncia el niño. ¿Por qué no comes, mamá? ¿Qué tienes?»

¡Qué queréis que tenga mamita! Ella siempre está bien porque ha de esparcir la alegría en la casa... Mirad, ahora ya come. Y el papá sigue pensando en su principal.

Convengamos en que ninguno de nosotros se sentirá con la sencilla fuerza de hacer de madre de nuestros hijos... aun en el caso de que aquello que parece más difícil, la gestación, y sus necesarias consecuencias, la realizase otro.

* * *

La mujer empieza pronto a ser ella misma. Es niña, pero si la miramos bien veremos que es ya mujer. En todas las edades nos asombra con su buen sentido y sus sentimientos justos; y apenas suelta los pañales y renuncia, de grado o por fuerza, a la leche maternal, se advierte en ella en seguida la madurez.

Nosotros hemos sido largo tiempo traviesos para hacer desesperar a papá o a mamá. ¡Dios mío, cuántas tonterías hemos cometido! Los vandalismos de aquella época no podrían ser recordados sin llorar por ellos todavía. Todos (exceptuemos, sin embargo, a uno solo) hemos sido un poco embusteros, un poco ladrones, un poco descreídos, un poco crueles, un poco viles, un poco temerarios, un poco vanos, en una palabra, un poco de todo. Si lo dudáis, oh fortísimas criaturas de mi sexo, no tenéis más que hacer un examen de conciencia..., pero después..., porque ahora os ruego que escuchéis con calma mi confesión.

Amigos míos, me confieso.

Pues bien, yo, que paso por hombre bondadoso y que en la actualidad soy verdaderamente incapaz de hacer daño... a una mosca, ayer, es decir, en otros tiempos, cogía las moscas en los bancos de la escuela (mientras el profesor, también cruel, quería meterme en la cabeza quieras que no su latín) y las echaba de nuevo a pasear con las alas rotas o las dejaba volar, pero después de haber introducido en la parte posterior de su mísero cuerpecito, un pedazo de papel para hacer reír a mis compañeros.

Hoy, estoy seguro de que no robaría aunque tuviese la desgracia de caer en medio de los millones del Banco de Italia; en cambio ayer, es decir, en otros tiempos, cometí, en ciertos huertos de mi país natal, un hurto campestre, robando unas hermosas lechugas que me comí y no me hicieron daño. Y otras veces realicé otras rapiñas con escalamiento, saltando las paredes de las quintas cerradas para comerme las primeras guindas a las barbas de los propietarios que se habían quedado en su casa.

Tenía buenos compañeros en estas magníficas empresas; uno de ellos es tesorero de un municipio de mi Cerdeña y todavía no se ha escapado con la caja. Pero no hay que abusar de esta clase de ejemplos y me callo.

Mas es cierto que todos los hombres (salvo uno, por supuesto) hemos de andar un largo camino antes de llegar a poseer el buen sentido, y que nos ha costado bastante formarnos un criterio exacto de nuestro derecho y de nuestro deber, y entender los

conceptos del bien y del mal. A los veinte años aun hacíamos alguna bellaquería; y en cambio pretendemos que la mujer a los diez y siete y hasta a los diez y seis, además de no haber hecho nada de lo que nosotros hemos creído para nosotros lícito, tenga

papá y mamá el contento por los besos que en abundancia da a uno y a otro, y si no lo encuentra completo, lo hace renacer con otros besos.

Bien lo sabéis hasta qué punto esa mujercita minúscula conoce lo que trae entre manos. No le haréis creer que estáis satisfechos de vosotros mismos, si verdaderamente no lo estáis. Mira, espía, llega al fondo de las cosas casi como su madre, apenas ve una arruga en la frente del padre malhumorado, la borra con su dedito; ella sola, más que su madre, que está ocupada en tantas cosas, sabe hacer reinar la calma en el hogar. Y cuando todo está en regla, y la muñeca duerme en su camita, va a decir al canario que también a él le quiere, o se ocupa en el pobre minino que todos los días, a horas determinadas, va a maullar a la puerta de la casa.

¡Pobre minino! Siempre está en la despensa, o en los tejados y su vocecilla es triste porque la gente perversa le ha cortado la cola.

He aquí un amigo a quien la mujercita puede confiar sus secretos. El minino, que ha comido, escucha tendido en las rodilas de la mujercita, que le habla así:

«¡Pobre minino! ¡Te han cortado la cola! ¿Quién ha sido el malvado? Pero óyeme; yo también soy desgraciada porque mi muñeca no haría otra cosa que dormir, y además no habla..., y mamita no quiere comprarme un hermanito de verdad, de carne...»

Pero al fin mamita se deja persuadir. Un día va a la feria, encuentra un hermoso niño, tal como la mujercita lo quiere, lo compra, se lo lleva a su casa y lo pone en su cama, en la que también ella se acuesta para que esté calentito. Porque habéis de saber que los niños recién comprados tienen tanto frío!

Entonces sí que a la mujercita le parece ser verdaderamente madre!

La muñeca le da pena, pero poca, porque nunca ha comprendido su gran amor y ha preferido siempre dormir. Ahora, ¡que duerma cuanto quiera!

Alguna vez, sin embargo, la mujercita irá todavía a despertarla para decirle que el hermanito duerme después de haber llorado toda la noche. ¡Ah, esos niños varones! Apenas nacidos; no saben hacer más que chillar; y mañana quizás cortarán la cola al gato de casa.

SALVADOR FARINA.

ODIO AFRICANO

(Véase el grabado de la página 45.)

I

Corría el tren culebreando por el pinar, con giros y revueltas fantasmagóricos, en aquella hora de misterio. Los troncos altos y enhiestos, así como los deformados por retorcida veta, pasaban ante los ojos de los viajeros como seres quiméricos que bailoteaban macabra danza a la luz de la luna.

Dejando tras de sí penachos de humo blanco, nacarado por los rayos lunares, y agudos silbidos que inquietaban a las alimañas en sus madrigueras, llegó el tren a una diminuta estación y se detuvo.

Alegres muchachas y mozos con panderos y guitarras descendieron del convoy y se desparramaron en



Comensal inesperado, cuadro de Jacobo Maris

pensamientos leales, honestos, purísimos, sentimientos generosos, elevados y delicados y sea capaz de todas las virtudes, y si es menester, del sacrificio. Y tanto pretendemos esto, que a veces, si la fortuna nos es propicia, nos casamos con muchachas de diez y seis o diez y siete años, sin temor alguno.

Nosotros tenemos cerca de veintitrés años y no estamos bien seguros de que no quede en nosotros algún resabio de nuestra pasada vida de libertino; y, sin embargo, no abrigamos la menor duda de que nuestra querida hijita será mañana ya perfectamente mujer y podrá hacer, dentro de nueve meses, de madre a nuestro nuevo hijo..., y aun a nosotros mismos.

Esto no lo confesamos por decoro. Menos mal si tan excesiva confianza, casi siempre afortunada, significase algo a favor de nuestro sexo; pero no es así. Lo que ello demuestra es que nosotros a los veintitrés años somos todavía niños y que, en cambio, la niña de los diez y seis y aun antes es siempre mujer.

* * *

La mujercita se ha separado, pues, del seno materno y entonces comienza su misión. Pónese a observar en casa y fuera; busca en el rostro querido de

distintas direcciones hacia el pueblo que blanqueaba entre suaves lomas y huertas frondosas. Todos los romeros traían al cuello sendos relicarios en los que campeaba el hermoso arcángel Miguel humillando al negro monstruo satánico; todos los romeros traían en el alma el recuerdo, poetizado por la distancia y el tiempo, de la famosa romería al campo y santuario de la gran Edeta.

Algo rezagados de la multitud, como deseando prolongar su despedida, caminaban María-Rosa, la hija del guardabarrera, y Miguel, el capataz de la brigada de aquella vía férrea. Hablaban bajo... Por la gravedad de su apostura y lo solemne de su palabra diríase que eran promesas y juramentos de amor lo que del alma subía a flor de labio de los dos jóvenes.

El travieso dioscecillo había hecho de las suyas... La moza llevó dos velas al Santuario; ardieron las dos ante San Miguel y el diablo..., y no se sabía si el gallardo novio que le salió a María-Rosa en la romería era presente del santo o de su compañero. El tiempo lo diría seguramente.

Atravesaron, siguiendo la línea férrea, un huerto de naranjos y salieron a la colina que horadaban multitud de cuevas abiertas a flor de tierra casi, en las que anidaba medio pueblo; aquellos que no poseyendo hogar se lo labraban ellos mismos bajo la gran ola de caliza petrificada que seccionó la vía férrea, dejando a derecha e izquierda y al descubierto aquellos agujeros y galerías labrados por los modernos trogloditas de Benimámet.

En el centro de la gran curva que describían los rieles al salir de la estación, estaba la garita del guardabarrera y cerca de ella, la cueva limpia y ascada, como tacita de plata, de la gentil María-Rosa.

Doliales a los enamorados llegar tan presto al término de su jornada y dejando el terraplén subieron a la loma en cuyo seno dormía confiado todo un pueblo, y discurrieron tranquilamente por entre el sinnúmero de blancas chimeneas y tragaluces que surgían de tierra como enjalbegados gnomos. Metiéronse los novios por retorcida senda entre los huertos de olivos, higueras y granados que sombreaban los huecos que las cuevas dejaban entre sí. Tan abstraídos caminaban, que no advirtieron cómo les seguía una fantasma negra, ocultándose tras las cónicas chimeneas, amparándose en la negrura que proyectaban los árboles sobre la colina. Deteniase la fantasma cuando ellos se detenían; avanzaba cuando ellos avanzaban. Cerca de la cueva de María-Rosa, cercada de lujuriosos granados y copudas higueras, detuviéronse los enamorados en un claro de la iluminada loma y la fantasma se deslizó a la vía y rastreando por el terraplén desapareció entre un rayo de luna y las sombras espesas de un bosquecillo de olivos. En los ojos de la fantasma fosforecían dos lágrimas...

Y los dos jóvenes seguían su ardua charla:

— No pases adelante... Mi padre no debe verme sola con un hombre que aun no es mi novio.

— ¿No te digo que mañana vengo a hablarle? ¡Mañana serás mi prometida delante de él!

— ¿De veras?, estalló en gozo ingenuo la moza.

La miserable hija del guardabarrera oía hablar por vez primera de amores y su alma y su cara morena teñíanse de rojo rubor. ¡Era el rubor primero de la virgen bravía y selvática!

— ¡Es que si no vienes mañana... no te veré más! ¡Mi padre es muy hombre!

Y el recuerdo de aquel drama que entrevieron sus ojos y su alma en su niñez, de la que ella sola fué testigo y cuyo misterio se llevó su madre a la fosa, nubló un instante la frente de la apasionada doncella.

— ¡Y yo también soy muy hombre!, dijo arrogante el mozo. Sí, mujer; no faltaba más... ¡Si me pinto yo solo para estas cosas!

— Adiós, hasta mañana pues...

— Adiós, María-Rosa, mi gitana, mi negra, mi alma...

— Adiós, Miguel, balbuceó confusa la hembra agasajada y arrullada por vez primera por el macho.

— Es frío tu adiós..., murmuró el galán al oído de la moza atrayéndola hacia sí.

Ella resistió; zafóse de las garras que la retenían, y saltando como corza asustadiza, huyó hacia la cueva del guardabarrera, exclamando:

— ¡No, no! ¡Pues no vas tú poco de prisa! ¡Adiós, adiós!..

El mozo quedó temblando por el deseo malogrado... Y cuando perdió la visión de la gentil figura y el eco de su voz cálida y robusta, siguió vía abajo hacia la ciudad, encendido en amores y en deseos, jurando que María-Rosa la bravía, la de piel tostada y lustrosa, seno naciente e incitante y ojos de intenso y fulgurante mirar, sería flor de amor en sus nervudos brazos...

II

— Me muero, padre mío..., gemía el penitente, caído como tronco que dobla el vendaval de la vida, en su lecho de muerte, allá en el fondo de la cueva, limpia siempre como tacita de plata. ¡Me muero y quiero que me oiga en confesión!

— ¡Ca, tío Quico! Usted no se muere... Me acaba de decir el médico que esto no es nada: un ahogo pasajero, una alarma...

— ¡No, no! ¡Me muero! ¡Lo sé yo, si no lo sabe él! Oígame en confesión: quiero aliviar mi pecho... Más que el asma ahoga mi conciencia un pecado... Y bajando la voz agregó siniestro: ¡un delito que agobia a este corazón que no quiere vivir más!..

— ¡Tío Quico..., hable! ¡Escucho en nombre de Dios!, murmuró asombrado el sacerdote.

— Padre, yo no soy lo que parece... El tío Quico buenazo y complaciente con todos, ¡es un criminal, un asesino!

El confesor no pudo evitar una sonrisa incrédula y compasiva.

— ¿Usted? ¿El hombre más bueno del mundo, el mártir que ayudó a llevar la abrumadora cruz a su hija, a la pobre María-Rosa? ¡Calle usted, por la Virgen!

— ¡Sí, sí, yo..., ése que usted dice! ¡Yo no fui mártir! La mártir fué ella, mi pobre hija sin madre..., yo fui el asesino, el vengador de su honra..., porque yo maté, por amor a ella y a mi vejez burlada, escardecida; ¡pero maté!

Al notar cuánta sinceridad había en el ronco acento y en la palabra del moribundo, el sacerdote se sobrecogió; pero se dispuso a oír misericordiosamente a aquel pecador.

— Oígame, Padre... Cuando aquel mal hombre que con palabra de casamiento entró aquí, nos quitó la honra y la alegría para siempre, se ausentó de repente porque en el pueblo y en las cuevas comenzó a decirse que el capataz se iba a casarse a su tierra, donde tenía dada palabra de casamiento a una moza de allá, pensé morir de dolor y de vergüenza. ¡Temí volverme loco; pero más que nada, temí dejar sola a mi hija en el mundo! ¿Qué hacer? ¡Yo temía a las burlas y al escarnio de la gente tanto como a la deshonra! ¿Ir a verle, a pedirle una reparación, a oír buenas palabras nada más? ¡No, yo no quería comedias..., yo sentía sed de sangre, tenía «hambre de hombre», deseo feroz de mascar con mis dientes un corazón! No puede imaginar usted, que es un santo, lo que sufrí en una noche... Y en mi desesperación discurrí algo grande, trágico, que apagara para siempre mi sed y saciara mi hambre... ¿No dicen que la sangre que corre por nuestras venas es sangre moruna? Pues eso: ¡una venganza a lo moruno, africana, sería la mía! ¡Ojo por ojo, diente por diente había que cobrar..., y a traición, como él! Discurría mi desesperación que había que ser ruin con el ruin, cobarde con el cobarde... ¿No me robó la honra con traidoras mañas..., no fué cobardía engañar a mi inocente María-Rosa, pobre mocica de catorce años, confiada y sencilla? ¡Pues como él... yo sería traidor y cobarde! Fui a buscarle a la brigada... No estaba ya en ella... Se había despedido, y recogidos todos sus dineros, se fué a la ciudad y de allí se iría a su tierra a casarse... ¡Oh! Rugiendo maldiciones fui a la ciudad y le encontré en la posada donde me dijeron. Le hablé como siempre; como si mi hija no me hubiera confesado nada y yo lo ignorara todo... Fingí extrañeza por su ausencia y por vez primera mentí. Le dije que María-Rosa estaba enferma y quería verle por última vez.

— ¡María-Rosa se muere..., y María-Rosa te llama! Quiere verte... y darte su adiós. El médico dice que será milagro que llegue al domingo... ¡Ven; sueña y delira contigo! ¡Que ella te vea y después..., Dios disponga!

— Yo lloraba y mis lágrimas eran sinceras. Tan bien pinté el caso, que tragó todo el anzuelo... Tal vez su remordimiento le hizo entrever que la muerte de mi hija sería una solución... y prometió venir. Al manifestarle mis dudas, me dijo mirándome de un modo singular:

«— ¡Le juro que iré! Mañana por la noche..., aunque sea un momento y por última vez.»

«— Ven, Miguel, gemí hipócritamente, ¡que te vea mi hija..., y si ha de morir que sea bendiciéndote! ¡Tú no sabes lo que son los hijos! ¿Vendrás?»

«— ¡Le digo por mi madre que iré! Yo no tengo más que una palabra..., dijo sereno e imperturbable aquel ladrón...»

«— ¿Vendrás?», repetí sin poder disimular mi alegría a través de mis lágrimas.

«— ¡Iré! Tome usted esta prenda; lleva mi nombre y mi leyenda: Miguel... Hasta el corazón.»

— Y me alargó su cuchillo que le arrebaté de las manos y escondí entre mis ropas. Alejéme de allí

con paso torpe, clavándome las uñas en el pecho. ¡No sabe usted cuánto esfuerzo hube de hacer sobre mí mismo, para no clavar hasta el corazón de aquel hombre su propio cuchillo...

— ¿Y acudió a la cita?, interrumpió asustado el confesor.

— Sí, padre mío..., por fortuna nuestra y malaventura suya... Mi pobre María-Rosa no supo..., no sabe aún lo ocurrido aquella noche trágica. La mandé al pueblo a casa de unos parientes, la noche anterior, y durante su ausencia cavé, cavé en el huertecillo que tenemos a la entrada de la cueva, bajo mismo del granado donde ellos se veían y hablaban..., una fosa muy honda. La tapé con ramas, hojas y tierra y esperé, esperé... Noche mediada era cuando le vi venir por la vía: la lumbrera del cigarro le delató. ¡El ladrón no quería que le viera la gente entrar en casa de su novia! ¡Bastaba que le viera yo! Le vi, en la obscuridad, tirar el cigarro y subirse la bufanda hasta los ojos. Sentí sudor frío en las sienes, latir el corazón con golpes terribles..., y la mano irseme instintivamente a la cintura acariciando el mango del cuchillo. Llegó; me levanté del pozo y fui hacia él en la obscuridad de una noche negra como boca de lobo. Se acercó confiado a mí, no recelando nada del pobre viejo. Le señalé la entrada de la cueva, cuya luz dejé encendida y le cegó, porque se llevó de súbito las manos a los ojos restregándose y preguntándome, con cierto interés:

«— ¿Cómo está?»

La aguda hoja del cuchillo penetrándole de golpe y certera por su espalda fué mi respuesta, y:

«— ¡Hasta el corazón!», rugí con ira reconcentrada.

— ¿Le mataste? ¡Oh, Dios mío..., perdónale!, gimió el cura asustado como una paloma.

— ¡Sí, le maté! No sé qué fuerza y qué coraje impulsaron mi mano para acertar el golpe... Cayó pesadamente al suelo sin decir «Jesús», con el cuchillo clavado hasta el corazón. Esperé un instante... No se movía... ¡No fué menester remarcarlo!

— ¡Oh! ¿Y entonces la misteriosa desaparición de Miguel, el capataz; su supuesto embarque para América, huyendo de sus remordimientos, según se dijo al venir de luengas tierras su prometida en busca suya, no fué verdad, no huyó?, interrogó el sacerdote.

— ¡No, no! ¡Le maté yo! No supe cobrarle la deuda de otro modo... Mi hija no tendría marido..., pero la otra tampoco. ¡Ya estaban las dos iguales! Luego... borré el rastro de mi obra..., arrastré el cadáver a la fosa, bajo el granado, y le eché en ella. Arrojé mucha tierra sobre él, la apisoné con furia salvaje..., y al amanecer planté sobre la tierra removida y apisonada flores y plantas que regué con feroz amor. Cuando poco antes de salir el sol pasó el primer tren ascendente, el huerto estaba como antes: fresco y frondoso... ¡La tragedia no había dejado rastro!

— ¿Pero ella y el chico ignoran que... aquel hombre... está ahí..., tan cerca de ellos?..., preguntó ansioso y horrorizado el sacerdote.

— ¡Sí, y lo ignorarán siempre! Yo... rezo todos los días por el muerto... ¡Es mi delito y es mi remordimiento! Lo demás ya lo sabe usted: nació el muchacho..., la gente se apartó de nosotros al principio... y quedamos solos aquí ella, yo, el niño..., y el muerto, su padre, ahí en el hoyo, bajo del granado... ¡No hubo otro medio para que se quedara aquel hombre aquí, con nosotros, con su culpa... y con su hijo!

— ¡Aquí!, balbuceó el cura.

Y tomó los ojos a la puerta de la cueva por la que se veía un trozo de terraplén y el huerto sombreado por la higuera y el granado, bajo los cuales se alineaban verdes hortalizas..., y volvió estremecido la mirada al penitente, que siguió:

— ¡Padre mío..., que ella y su hijo ignoren siempre cuanto bajo secreto de confesión acabo de relatar! ¡Son mi único amor y no quiero que me maldigan!..

III

Cuando el sacerdote salió de la cueva dejando algo más confortado a aquel infeliz pecador y corajudo vengador de su honra, quedó sorprendido al llegar a la puerta de la cueva del guardavía.

María-Rosa, la gentil morenaza, más bella que nunca, llegaba del pueblo trayendo las medicinas que recetó el médico, para el moribundo, y atravesaba el huertecillo... Su hijo, fruto lozano de aquellos amores desdichados, encaramado en las frondosas ramas del granado, cogía una a una las rojas granadas, abiertas como hermosas sonrisas trágicas, y le gritaba a su madre, echándole la sabrosa fruta:

— ¡Madre, apara! Qué lástima que el agüelo no pueda comerlas... ¡por qué están más güenas!

B. MORALES SAN MARTÍN.

(Dibujo de Carreres.)



Su hijo, encaramado en las frondosas ramas del granado, cogía una a una las rojas granadas... (Véase el cuento *Odio africano*.)

LA CUESTIÓN DE ORIENTE. (Fotografías de M. Rol.)

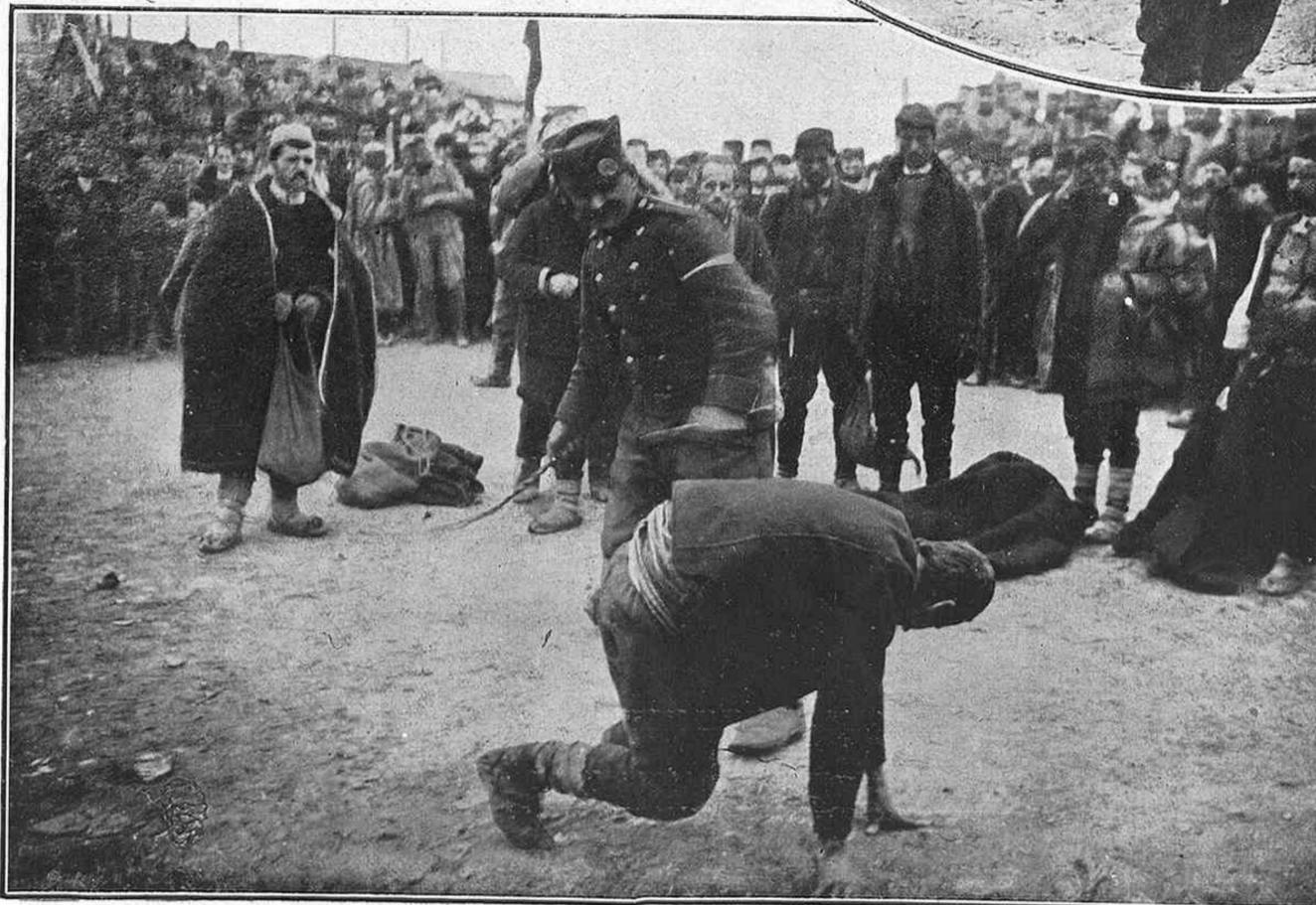


En el territorio conquistado por los servios. - Habitantes que abandonaron las poblaciones de Uskub y Okrida.

LA CONFERENCIA DE LONDRES

Recibidas por los delegados turcos las nuevas instrucciones de su gobierno, reanudáronse el día 1.º de este mes las conferencias en el palacio de Saint-James. Rechid Bajá dió a conocer las nuevas contraproposiciones de Turquía, consistentes: 1.º, en la cesión a los aliados de los territorios de Macedonia y del Epiro, Salónica inclusive; 2.º, en resolver de acuerdo con las potencias la cuestión del futuro estatuto político y de los límites de la Albania; 3.º, en resolver Turquía y Bulgaria la cuestión de la delimitación del vilayeto de Andrinópolis, con la condición de que esta ciudad continúe siendo turca; 4.º, en conservar Turquía las islas del mar Egeo; 5.º, en dejar a las potencias la resolución de la cuestión de Creta.

Como se ve, estas contraproposiciones, comparadas con las primeras que presentaron los otomanos, significaban un gran paso para llegar a una inteligencia, puesto que en el fondo Turquía accedía a todas las pretensiones de los aliados excepto en lo referente a Andrinópolis y a las islas del mar Egeo.



Castigo impuesto por los servios a los ladrones y merodeadores

Los aliados, después de conferenciar durante una hora, manifestaron a sus colegas turcos que no podían admitir estas contraproposiciones y les concedieron un plazo de cuarenta y ocho horas para recabar nuevas instrucciones de su gobierno.

Reunidos nuevamente el día 3, Rechid Bajá entregó al presidente una nota en la que se hacía constar que la Puerta consentía en una nueva cesión territorial en el vilayeto de Andrinópolis, si bien siempre con la condición de conservar esta ciudad, y renunciaba en las grandes potencias sus derechos sobre la isla de Creta.

Los delegados balkánicos presentaron una especie de ultimátum exigiendo que en una próxima sesión, que se celebraría el día 6, los delegados otomanos entregasen una proposición que contuviera los siguientes extremos: 1.º, desistimiento por parte de la Puerta de sus derechos sobre la isla de Creta; 2.º, cesión de las islas del mar Egeo; 3.º, fijación de una frontera en el vilayeto de Andrinópolis que dejase esta ciudad a los aliados. Y añadieron que, de no acceder Turquía a esto, se considerarían como rotas las negociaciones.

A esto contestaron los turcos que no había necesidad de aplazar la conferencia hasta el día 6, sino que podría celebrarse al día siguiente. Aceptaron esta proposición los aliados; pero el día señalado, el 4, los turcos pidieron que la reunión no se efectuase hasta el indicado día 6.

Celebróse, pues, la conferencia el lunes último y en ella Rechid Bajá leyó una nota en la que, después de hacer constar las importantes concesiones hechas por Turquía

que contrastaban con la intransigencia de los aliados, manifestaba que si éstos, a pesar de los enormes sacrificios que se imponía la Puerta, querían romper las negociaciones, sobre ellos recaería la responsabilidad de las consecuencias de tal ruptura. Los delegados balkánicos conferenciaron a solas por espacio de una hora y luego entregaron a los otomanos su respuesta, en la que decían que no pudiendo llegar a un acuerdo, se veían obligados a suspender los trabajos de la Conferencia.

Esta respuesta, tan distante del ultimátum del día 3 en que se hablaba de ruptura de las negociaciones, ha contribuido a aumentar los optimismos, pues se supone fundamentalmente que las potencias, entre las cuales reina, al parecer, una completa unidad de miras, aprovecharán esta suspensión para influir cerca de Turquía a fin de que haga nuevas concesiones que permitan llegar a la pronta conclusión de la paz. Según parece, las potencias se han puesto ya de acuerdo sobre los textos de dos notas que serán entregadas una en Constantinopla, por los embajadores, y otra a los delegados otomanos en la Conferencia por los plenipotenciarios de aquéllas. En ambas notas Europa expresará del modo más explícito su deseo de paz y ya es sabido cuánta fuerza suelen tener estas indicaciones hechas por las potencias colectivamente.

En cuanto a las operaciones militares diremos en síntesis, pues no tenemos espacio para más, que la guarnición de Chíos se rindió a los griegos; que continúan las hostilidades en Skutari y en Janina y que se dice que han comenzado las negociaciones para la rendición de Andrinópolis, cuya situación es verdaderamente desesperada. - R. 301

MADRID. — ASAMBLEA MAGNA DEL PARTIDO CONSERVADOR CELEBRADA EN EL SENADO. (Fotografías de Vidal.)



Aspecto del salón de sesiones del Senado poco antes de comenzar la asamblea

El acto realizado por el Sr. Maura a raíz de la solución de la última crisis, presentando la renuncia de su acta de diputado y anunciando su retirada de la vida política, es uno de los acontecimientos más graves y de mayor trascendencia que se registran en la política española de muchos años a esta parte, no sólo por lo que en sí significa el alejamiento del ilustre estadista y abnegado patriota, una de las más grandes figuras de nuestra nación, sino además por el trastorno que supone para el normal desenvolvimiento del régimen constitucional el estado en que podría quedar, a consecuencia de ello, el partido liberal-conservador, hasta ahora modelo de organización de unidad y de disciplina.

Esta gravedad y trascendencia de la resolución adoptada por el Sr. Maura han sido unánimemente reconocidas y de ellas se ha percatado en primer término el propio partido liberal-conservador, el cual, convencido de que ahora más que nunca precisaba mostrarse fuerte y perfectamente unido, comprendió que para ello era necesario realizar un acto que respondiese a su significación y señalase las orientaciones que debía seguir en lo futuro.

En su consecuencia, los exministros del partido acordaron convocar a éste en asamblea magna a fin de que en ella se tomaran los acuerdos que lo excepcional de las circunstancias exigía.

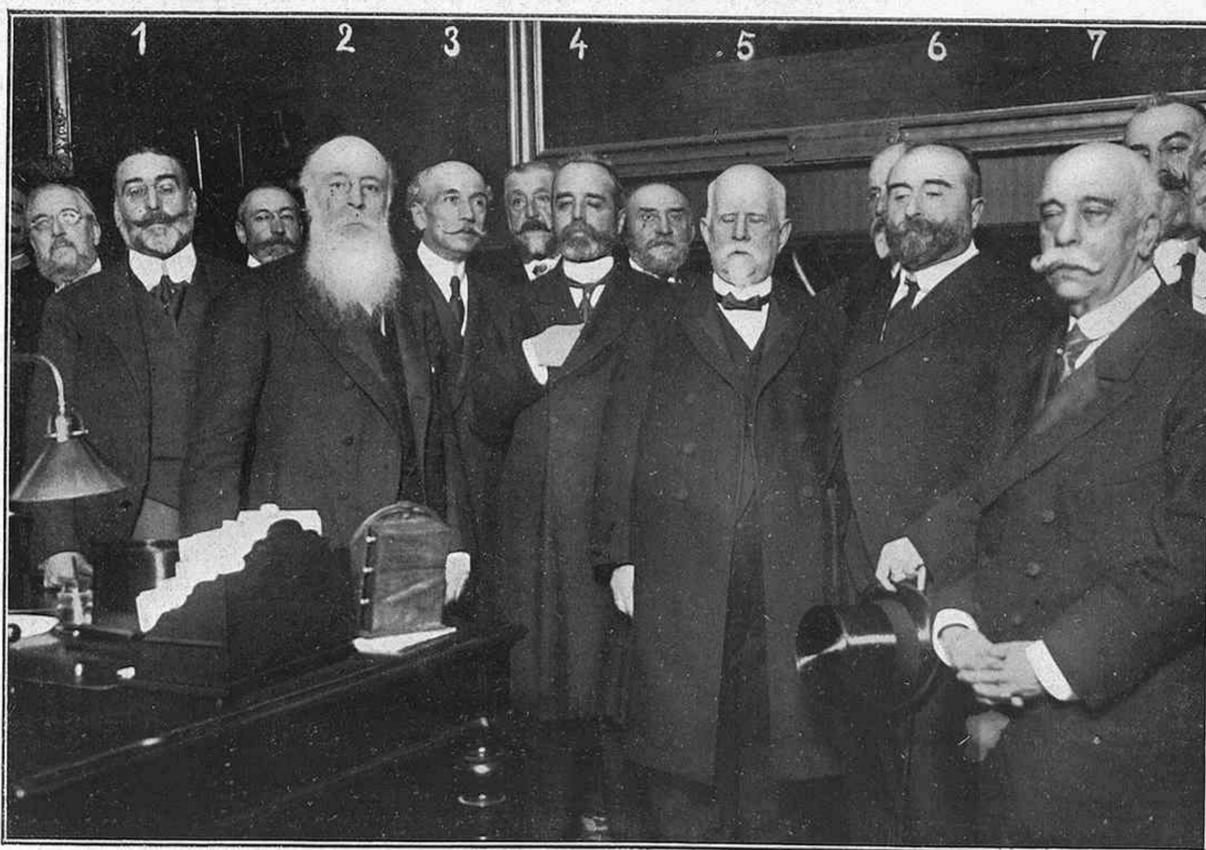
No hemos de referir los comentarios ni los pronósticos que con este motivo se hicieron en los círculos políticos, en donde no faltaban agoreros que anunciaban que de la asamblea saldría quebrantado y dividido el partido liberal-conservador. Tales augurios, sin embargo, no se han realizado y antes al con-

los segundos que por diferentes causas no pudieron asistir personalmente.

Presidió el general Azcárraga, quien después de explicar todo lo sucedido desde que él y el Sr. Dato recibieron la carta del Sr. Maura comunicándoles su resolución de cesar en la dirección del partido liberal-conservador, cedió la palabra a D. Alejandro Pidal. Pronunció éste un breve y elocuente discurso y dió luego lectura a la carta, por él redactada, que proponía se enviase al Sr. Maura, como contestación a la que éste dirigió a los Sres. Azcárraga y Dato. El documento, hermosamente escrito, después de señalar los inmensos servicios prestados a la patria y a la monarquía por el Sr. Maura y de consignar la imposibilidad de que desaparezca el partido liberal-conservador, afirma que éste entiende que el Sr. Maura tiene el deber moral ante Dios y ante la patria de corresponder a la absoluta confianza del mismo ocupando a su frente el puesto de responsabilidad y de honor que la Providencia le ha señalado y que le ha sido consagrado por la historia.

La lectura de la carta fué acogida con grandes aplausos y aclamaciones.

Terminó la asamblea con breves frases del señor Dato, quien dió vivas al rey D. Alfonso XIII y a D. Antonio Maura, que fueron contestados con gran entusiasmo. — T.



Los primates del partido conservador reunidos en la Secretaría del Senado después de la asamblea

1. Sr. Allende Salazar. — 2. D. Alejandro Pidal. — 3. D. Eduardo Dato. — 4. Sr. Sánchez Guerra. — 5. General Azcárraga
6. Sr. Lacierva. — 7. Marqués de Pidal

trario, en la asamblea ha dado este partido un nuevo ejemplo de su cohesión y de su patriotismo. Celebróse el acto el día 8 de este mes en el salón de sesiones del Senado y a él concurrieron ochenta y cinco senadores y setenta y ocho diputados, y se adhirieron diez y nueve de los primeros y ocho de



LA TRADICIÓN, escultura de Venancio Vallmitjana, artista a quien se ha dedicado en esta ciudad un homenaje del cual damos cuenta en la página 56

Esta escultura valió a su autor la primera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1890, recompensa que fué adjudicada por aclamación



S. M. LA REINA DOÑA VICTORIA EUGENIA DE ESPAÑA, obra de J. Moreno Carbonero destinada al salón principal del nuevo buque de la Compañía Transatlántica que lleva el nombre de la augusta soberana y que en breve comenzará a prestar su servicio entre España y América

ALFREDO KIDERLEN-WÄCHTER

En Stuttgart, su ciudad natal, en donde se hallaba accidentalmente para pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo, falleció el día 30 de diciembre último el Sr. Kiderlen-Wächter;



Alfredo Kiderlen-Wächter, secretario de Estado de Negocios Extranjeros de Alemania; fallecido en Stuttgart el día 30 de diciembre último. (De fotografía.)

secretario de Estado de Negocios Extranjeros de Alemania.

El ilustre diplomático contaba sesenta años y ha sido uno de los hombres que han desempeñado un papel preponderante en la política internacional alemana durante estos últimos tiempos. Entró en el Ministerio de Negocios Extranjeros en 1875 y a pesar de que tuvo numerosos enemigos, conquistó muy pronto una reputación de diplomático hábil, educado en la escuela de Bismarck, reputación que le valió numerosas misiones de confianza, entre ellas la de acompañar al emperador Guillermo en sus varias excursiones por los mares del Norte, habiéndose captado durante las mismas la confianza de su soberano. En 1900 fué nombrado ministro de Alemania en Budapest, en donde tuvo ocasión de desplegar todo su talento, y algún tiempo después substituyó en Constantinopla al embajador señor Marshall durante la ausencia de éste, designado para tomar parte en las conferencias de La Haya.



Luis Foyé, aviador catalán que recientemente ha obtenido el diploma de piloto en la escuela de aviación Farmán, de Etampes. (De fotografía.)

Cuando en 1908 abandonó el Sr. Schoen la secretaría de los Negocios Extranjeros, el emperador llamó al Sr. Kiderlen-Wächter a desempeñar tan elevado puesto, en el cual ha demostrado sus altas dotes de habilísimo diplomático y sobre todo de gran patriota.

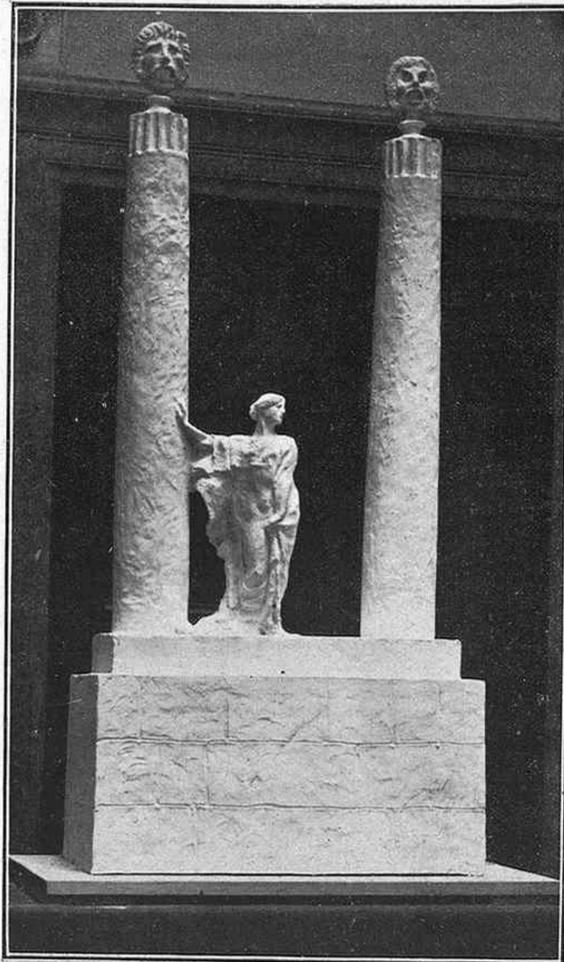
MONUMENTO A ADELAIDA RISTORI

La eminente actriz Adelaida Ristori, una de las mayores y más legítimas glorias de la escena italiana que con su arte in-

comparable supo conmover y entusiasmar a todos los públicos de Europa y de América, tendrá pronto un hermoso monumento en su ciudad natal, en Cividale, en donde nació en 1821.

Hace algunos meses, el Ayuntamiento de aquella población, deseoso de perpetuar la memoria de la ilustre trágica, abrió un concurso entre los escultores italianos. Gran número de éstos respondieron al llamamiento y los bocetos presentados han sido expuestos recientemente en Roma. El jurado, por unanimidad, designó el proyecto del joven escultor romano Antonio Maraini que reproducimos adjunto.

Este monumento es verdaderamente original y en él está re-



Boceto del monumento que ha de erigirse a la memoria de la eminente actriz Adelaida Ristori en su ciudad natal, Cividale, obra de Maraini. (De fotografía de Gaspar Romieux.)

presentada Adelaida Ristori vestida con amplia túnica y en actitud trágica, entre dos elevadas columnas sin más adornos que sendas máscaras en sus extremos. La estatua será de bronce, tendrá tres metros de altura y se alzará sobre un ancho pedestal de granito.

EL AVIADOR CATALAN LUIS FOYÉ

El Sr. Foyé, el primer catalán que ha obtenido el diploma de aviador, es hijo de Barcelona, cuenta veinte años de edad y ha hecho sus estudios y prácticas de aviación en la escuela Farmán, de Etampes.

El diploma de piloto aviador le fué concedido el día 15 de octubre último, después de un aprendizaje brevísimo durante el cual adelantó a todos sus compañeros; y tan airoso salió de las pruebas de su examen, presenciadas por significados elementos militares y profesionales de la aviación, que, al terminarla, fué objeto de entusiastas felicitaciones. A raíz de esto, el gobierno griego le ofreció una plaza en el ejército de operaciones con un sueldo de 5.000 pesetas mensuales; pero el señor Foyé no aceptó esta oferta, porque su sueño dorado es prestar sus servicios a España, aunque sean aquí pagados menos espléndidamente.

EL P. MIGUEL MIR

Este sabio por tantos conceptos ilustre, fallecido en Madrid en la madrugada del 29 de diciembre último, había nacido en Palma de Mallorca en 10 de diciembre de 1841.

A los quince años ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús, distinguiéndose allí por su gran talento en las asignaturas de Griego, Latín, Filosofía y Teología.

Ordenado de sacerdote, muy pronto la Compañía le designó para el profesorado, y en Burgos y en Salamanca explicó con brillantez varias cátedras.

Durante la Revolución estuvo emigrado en Inglaterra y a su regreso se estableció en Madrid, en donde publicó sus primeros trabajos que desde luego le conquistaron un puesto entre los primeros prosistas castellanos. Escribió entonces los notables prólogos de las obras del Padre Rivadeneira y el prefacio de la *Vida de Gonzalo de la Palma* y poco después su famoso libro *Harmonía entre la Ciencia y la Fe*, del cual se han hecho numerosas ediciones. Compuso luego la *Historia de la Pasión* que él juzgaba su mejor trabajo pero que le originó una situación violenta en la Compañía y motivó su separación de la Orden, y más tarde *Los Jesuitas por dentro*, que le distanció espiritualmente de la Compañía de Jesús. Sus famosos *Estudios de la vida de Santa Teresa* levantáronle por cima de los más renombrados estilistas castellanos y le valieron el premio del duque de Alba, en la Academia de la Historia, de 12.000 pesetas.

Su talento y su cultura extraordinarios a todos admiraban; su bondad, su sencillez y su afabilidad fueron el encanto de cuantos le trataban.

Era miembro de las Reales Academias de la Historia y de la

Lengua y desempeñaba en esta última el cargo de bibliotecario. ¡Descanse en paz!



El eminente filólogo y escritor P. Miguel Mir, fallecido en Madrid el día 29 de diciembre último. (De fotografía de Asenjo y Salazar.)

DON MÓNICO SÁNCHEZ MORENO

El jurado nombrado por el Fomento del Trabajo Nacional para adjudicar el premio anual instituido por D. José Deu y Busquets al mejor invento, perfeccionamiento o introducción de una industria, ha otorgado el gran premio, consistente en medalla de oro, diploma y 2.500 pesetas a D. Mónico Sánchez Moreno, ingeniero electricista domiciliado en Piedrabuena (Ciudad Real) por el invento de un aparato eléctrico transportable para la producción de corriente de alto potencial y alta frecuencia aplicable a todos los trabajos de rayos X, a numerosos tratamientos de electroterapia, cauterización, ozonización y otras aplicaciones electro-físicas.

Este aparato, fácil en su manipulación, de mecanismo sencillo y de relativo poco coste, ha de contribuir grandemente a propagar los beneficios de la electricidad en la Medicina, necesidad que tanto se ha hecho sentir a los médicos que no pueden llevar a la cabecera del enfermo, en los casos de urgencia, los actuales aparatos, voluminosos, pesados y complicados. Produce un potencial que se eleva de 80.000 a 100.000 voltios y una frecuencia de vibración de siete millones a siete millones y medio por segundo. Para su funcionamiento no necesita reostato alguno y se regula por un mecanismo especial de presión en donde simultáneamente se gradúan tres efectos, o sea la cantidad de corriente que alimenta el aparato, la resistencia eléctrica



D. Mónico Sánchez Moreno, ingeniero electricista a quien ha sido otorgado el premio fundado en Barcelona por D. José Deu Busquets, consistente en medalla de oro, diploma y 2.500 pesetas por su invento de un aparato eléctrico transportable para la producción de corrientes de alto potencial y alta frecuencia. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

ca del circuito oscilatorio y la corriente de alta frecuencia producida. Tiene además la ventaja de poder conectarse a cualquier portalámparas ordinario y de trabajar lo mismo en circuitos de corriente alterna que continua y en cualquier voltaje que varíe de 60 a 250 voltios sin ningún peligro personal.

El peso total del aparato, que se lleva en forma de pequeña maleta, es de ocho kilogramos.

LOS TERRORES DEL RADIO

NOVELA ORIGINAL DE ALBERTO DÓRRINGTON. - ILUSTRACIONES DE A. C. MICHAEL. (CONTINUACIÓN.)

Gifford hizo un ligero signo de asentimiento, y el Dr. Tsarka prosiguió:

— Pero los japoneses somos hombres de paciencia y no hay ardid que no lo pueda realizar una rata bien amaestrada. Estos roedores se han llevado anillos de diamantes y pulseras. Innumeras de las historias de joyas robadas por las traviesas ratas domésticas cuya afición a los objetos de relumbrón es mayor que la de las mujeres.

El Dr. Tsarka se detuvo abrazándose las rodillas en su curiosa posición oriental, pues el pensamiento de su atrevido experimento le helaba la sangre.

— Pocos hombres han aprovechado la inteligencia de una rata como nosotros.

¿Quiénes han estudiado tanto como los japoneses la capacidad de las ratas para los trabajos de habilidad? La inteligencia de una rata es tan impresionable como la cera o el oro; entienden más que el perro, y sobre todos los otros animales poseen un deseo innato de aproximarse a las joyas y coger todos los metales brillantes y objetos relucientes. Después de unos cuantos días de práctica, Kezzio cogía el tubito de cristal con el fósforo rutilante y a una señal mía o de mi colega Horubu lo traía cañería húmeda abajo.

»Sólo por la sombra que proyectaba Mórítz en la ventana sabíamos cuándo estaba trabajando. Lo único que nos inquietaba era una avenida de sus lavazas químicas cuando Kezzio estuviese en la cañería, porque no queríamos matar al noble animalillo, que lo hubiese pasado muy mal de encontrarse arrollada en su camino por una avenida de agua de cianuro o una solución de ácido sulfúrico.

»El teléfono de Mórítz nos allanaba las dificultades. Si podíamos hacer que el profesor, para hablar, diese la espalda a la mesa de mármol donde ponía el radio, Kezzio tendría ocasión de probar fortuna.

»El 18 de agosto, a las once de la mañana, Horubu llamó al profesor Mórítz por teléfono desde el Instituto Médico Británico y lo entretuvo conversando unos minutos, cosa fácil, pues Horubu acababa de leer la obra de Pultowa sobre el radiomagnetismo con lo que pudo excitar el interés y la atención de Mórítz sobre la energía lumínica y las moléculas desintegradas.

»Yo sabía cuándo se ponía Mórítz al teléfono por medio de una aplicación eléctrica que me lo advertía desde mis propios hilos telefónicos.

»Estaba yo sentado en el jardín, cerca de la boca de la cañería de desagüe, con Kezzio en mi mano derecha. Momentos antes había manado de la cañería un poco de lavadura; pero yo confiaba que no saldría más mientras Mórítz estuviese en el receptor.

»Al arrodillarme junto a la abierta cañería la rata pareció conocer mi ansiedad intensa. Se le empinaron hacia atrás las orejas y sus ojos interrogantes se volvieron hacia los míos.

— Arriba, pequeña, le dije; y la metí por la cañería.

»Puede usted pensar tan necia como quiera aquella prueba; como resultado de un sueño producido por el opio, o concepción de una inteligencia pueril; pero los japoneses somos niños solamente y, a veces, logramos lo increíble por el interés apasionado que ponemos en todo cuanto emprendemos.

»No hacía más que treinta y cinco segundos que Kezzio había desaparecido, cuando su húmedo hocico apareció en la boca de la cañería. Algún estorbo había y los preciosos instantes volaban. Horubu no podía detener a Mórítz mucho en el teléfono. Miré

rápidamente a Kezzio y vi que sus patitas estaban quemadas por los residuos del ácido sulfúrico. Se las sumergí en aceite, que a prevención tenía a mi lado, le sequé prontamente las uñas y con un tirón de orejas la volví a introducir en la cañería.

»Yo esperaba que Mórítz no se apartaría del teléfono. Yo sabía que Mórítz no se apartaría del teléfono. Yo sabía que Mórítz no se apartaría del teléfono. Yo sabía que Mórítz no se apartaría del teléfono. Yo sabía que Mórítz no se apartaría del teléfono.

»Las quemaduras en las patitas de Kezzio habían echado por tierra nuestros planes; de esto estaba se-

puede presumir que los hombres crean en su veracidad.

— ¿No creerá su jefe de usted en la historia de la esponja de radio de Horubu cuando se presente usted a él?, contestó preguntando el Dr. Tsarka al punto. ¿O por ventura lo reputará como artificio de usted para adquirir notoriedad por medio de las informaciones periodísticas acerca de este hecho?

— Un hombre, replicó el detective, no se ciega a sí mismo por un poco de fama en los periódicos. Y el mundo se burlaría de mí si diese yo a la publicidad, como explicación de la desaparición del radio Mórítz, la historia de su rata de usted.

— ¿Usted, usted también piensa que no es esa hazaña posible para nosotros? Bueno, sea así. La Seguridad habrá de explanar aún una teoría más satisfactoria sobre la desaparición del radio Mórítz. Procure dormir bien. De aquí en adelante no le contaré más historias necias.

Entró un criado y a una indicación del Dr. Tsarka condujo a Rénwick a la habitación inmediata. Las ventanas de ésta caían al jardín de elevados muros y Rénwick percibía el aire fresco de la noche por una ventana abierta sobre su cabeza, mientras él se movía adelante cautelosamente. Sin pronunciar una palabra el criado cerró la puerta por fuera dejándolo en el centro de la habitación.

Tanteando a derecha e izquierda descubrió una mesita y una silla junto a la ventana. En un rincón palpó una cama de campaña que olía a puntas viejas de cigarro y ropa extraña. Sobre la mesita había una garrafa con agua. Bebió ansiosamente y derramó una poca en el traje antes de darse cuenta de ello.

El agua le hizo revivir y pensar sobre su desesperada situación. Habiendo salido sólo unas horas antes con la determinación de solucionar el misterio del radio Mórítz había caído insulsa- mente víctima de las artimañas y ardides japoneses. Su credulidad había sido expuesta a la prueba más grande mediante la asombro-

sa confesión del robo por parte del doctor Tsarka juntamente con su narración mágica de la entrada de la rata en el laboratorio del profesor Mórítz.

El criado volvió después de un rato con algunos manjares que Rénwick no probó, contentándose con una taza de café. Durmió luego un poco y despertó oyendo las campanadas de un reloj de torre. Al despertarse se dió cuenta de la presencia en su habitación de una figura que andaba en apagados pasos cerca de la puerta.

— ¿Quién hay?, preguntó en alta voz. ¿Quién es usted? ¿Qué desea?

— Vengo a ver a usted. No podía dormir porque pienso que ha sucedido algo. Está usted..., está usted herido?

Era la voz de Pepio. Gifford sentóse en la cama de campaña dirigiendo su vista a las oscuras tinieblas que le rodeaban.

— Su gente de usted, confesó amargamente, hanme tratado sumariamente. Menos la vida me han arrebatado todo.

— Horubu le hubiese matado a usted de no impedirlo mi padre. ¿Qué fin, qué destino aciago le ha traído usted aquí?

Rénwick descubrió en aquella voz un débil sollozo que le llegó al alma.

— El destino, respondió secamente, no tiene nada que ver con ello. Vine porque era mi deber.

Sintióla aproximarse más y más hasta percibir su respiración anhelosa junto a él. Gifford notaba claramente que una extraña emoción agitaba a la joven,



Entre el oculista y el paciente hubo un silencio profundo

guro. Arrodillado en el jardín miré por la cortada cañería y esperé. El interior estaba obscurísimo y despedía un fuerte hedor de soluciones nítricas y amargos residuos químicos. Al mirar al interior vi una cosa extraña. De las tinieblas surgía una relumbrante estrella que en aquella lobreguez esplendía como un rayo de sol. Jamás en mi vida había visto yo espectáculo tan curioso como el de aquella rutilante llama que poco a poco se me aproximaba.

»Era Kezzio y el animalillo cayó entre mis manos con el tubito en que estaban los seis granos de radio. El tubito que los contenía apenas era tan grande como un dedo de usted.

La cabeza de Rénwick se había inclinado hacia adelante durante la segunda mitad de la narración del doctor japonés. Su cigarro a medio fumar humeaba aún en el cenicero junto a él. El doctor le miró compasivamente, levantóse de pronto de la otomana y golpeándole la espalda le dijo:

— Mejor será que descansen usted algo. Después de todo mi historieta no ha hecho más que aburrir a usted. Contigua a esta habitación hay otra muy confortable. Mi criado le conducirá a ella. Duerma un poco que mañana se sentirá mejor.

Y oprimiendo el botón de un timbre eléctrico volvióse con un suspiro a su canapé.

Rénwick hizo un esfuerzo para librar su cabeza del mareo que el tabaco le había causado y dijo con un sí es o no de incredulidad:

— Esa historia de la rata, Dr. Psarka, se leería gustosamente en un libro de cuentos para niños. No se

la curiosidad tal vez de la carcelera que se complace en el tormento del preso. De la joven se desprendía exquisita fragancia de violetas y clavellinas, y el tintineo de sus pulseras de oro era en aquella lobreguez todo un poema.

Detúvose junto a él respirando anhelante.

— Algo le pasa en los ojos, dijo. ¡Usted no me mira, no me ve!

Aquella voz tenía una suavidad e inocencia infantiles, pero el horror que revelaba al descubrir su ceguera produjo a Rénwick el mismo efecto que la lectura de su sentencia de muerte.

Agitó ante sí las manos como para destruir aquel manto de tinieblas que le separaba del mundo y dijo:

— Ciego, ciego por el radio. Ese a quien llama usted Horubu, el colega de su padre me aplicó a los ojos una esponja de radio.

Y quitándose la mano de la vista donde se la había colocado maquinalmente, preguntó:

— ¿Ha encendido usted la luz?

Gifford no entendió la respuesta de Pepio. Por lo que podía juzgar, la joven estaba de pie en el centro de la habitación, y sus sollozos pueriles llegaban hasta él claramente.

— ¡Cuánto lo siento!, ¡qué lástima!, ¡cuánto lo siento!

Y otra vez el silencio reinó en la habitación dejando al detective pensativo sobre si la hija de Teroni Tsarka era cómplice realmente de aquella cuadrilla de rufianes asiáticos de que parecía estar repleta la casa.

— Cuando tenga un enemigo, se decía Rénwick, no pediré más para él sino que descienda a este infierno de colores donde los rayos rojos cañonean los nervios como la metralla.

De pronto su rostro se dirigió hacia el lado donde adivinaba a la joven, y preguntó bruscamente:

— Pepio Tsarka, ¿hay luz en este cuarto?

— Sí, respondió la joven sollozando.

Era inconcebible que la joven japonesa tuviese piedad de él. Y él, una hora antes, estaba dispuesto a hacerla prender acusándola de robo. Era humillante ser compadecido por la hija de un escalador de profesión (no podía él juzgar al Dr. Tsarka de otro modo). Con extraña ansiedad la interrogó de nuevo.

— Dígame, Pepio San, ¿sabe usted algo de una rata llamada Kezzio?

Los sollozos cesaron instantáneamente, y él oyó el tintineo de las pulseras de oro de la joven, como si ésta juntase las manos admirada.

— Una rata blanca, continuó él con un gesto contenido, que entra en las casas de los demás por las cañerías de desagüe?

— Mi padre tiene una, confesó francamente la joven, y añadió con inocencia: pero no he oído que haya entrado nunca en casa de nadie.

— Gracias, Pepio San. Fuí un necio en venir aquí. Ahora bien (se detuvo de nuevo mostrando con sus labios entreabiertos una sonrisa de buen humor), ¿puede usted decirme, Pepio, si está segura aquí mi vida?

— ¿Siendo usted inglés tiene miedo a la muerte?, fué la inesperada pregunta de Pepio.

La inextinguible alegría de Rénwick denunciaba su naturaleza juvenil.

— Cuando yo sea tan viejo como su padre, Pepio, probablemente la aceptaré dándole la bienvenida. Pero a los veintitrés años soy amigo de la vida. He de trabajar mucho. Además, Pepio San, tengo relaciones muy íntimas con una señora chiquitita, inglesa, de casi sesenta años de edad, de pelo blanco, a quien me debo...

— ¡Su madre de usted!

— Sí, Pepio, mi madre. Es una persona muy particular, y no le gustaría que me quitasen la vida.

— ¿Se interesa alguien más por su vida, fuera de su madre?

— Creo que no, Pepio. En Inglaterra no nos separamos de nuestros padres, como usted no se separa del suyo.

— ¿Entonces no es usted bastante rico para casarse, y por eso no se aparta de su madre?

— Exactamente, Pepio; pero me apartarían de mi pobre vieja si por la noche mientras descanso me ahogan con limpieza o me dejan seco de un golpe. ¿Piensa usted que he de temer algo?

Ella retiróse a la puerta sin responder. Desde el pasillo la llamaba una voz profunda, de trueno, que retumbaba como un eco terrible.

Rénwick se esforzó por descifrar la lluvia de juramentos e imprecaciones que seguían a la joven japonesa que se alejaba precipitadamente. Los pesados pasos se detuvieron a su puerta, y oyó que la cerraban con llave pronunciando furiosas y feroces palabras en japonés. Los pesados pasos se alejaron luego y Gifford, con el oído atento, percibió la airada voz

del Dr. Tsarka que reprendía a su hija por haber osado visitar al hombre cuya presencia en la casa había amenazado la libertad de todos ellos.

III

Durante el resto de la noche Rénwick estuvo despierto y oyendo en el corredor pisadas de hombres y ruidos propios de muebles que eran transportados a un carro en la calle. A la mañana quedó dormido y le despertó un portazo del exterior o la caída de un utensilio en el pavimento de piedra de fuera.

Al despertar tenía una boca amarga como la retama y un dolor cortante en los ojos como si aguda y acerada hoja le hubiese penetrado hasta los nervios. Un vaso de agua de la garrafa le alivió un tanto. A tientas dirigióse a la silla y sentóse poniendo toda su atención para escuchar alguna indicación de vida y movimiento en la casa, estando su mente obsesionada aún por los curiosos acontecimientos de las horas anteriores.

Algo del tumulto de la ciudad le llegaba a través de los muros de su habitación: el inconfundible *taf-taf* de los autos; los silbidos lejanos de las locomotoras. Los sonidos no llegaban fácilmente a través de los largos pasillos que conducían a las habitaciones de dormir del Dr. Tsarka. La parte trasera de la casa estaba a un nivel veinte pies inferior al de la calle. El mismo jardín no era más que un mero prado de hierba alta y espesa, circuido a manera de pozo. Desde el momento que perdió la vista, perdió también Rénwick toda esperanza de abandonar la casa escapándose.

A la menor ocasión que se hubiese presentado, se habría abierto camino hasta la calle; pero la oportunidad no se había ofrecido. Los diestros camaradas del Dr. Tsarka no habían creído necesario despojarle de su revólver. En la casa de un enemigo el revólver de un hombre ciego es menos peligroso que una tortuga de jardín.

Rénwick no podía hacer más que ir a tientas desde la ventana a la mesa, y detenerse de vez en cuando para ver si percibía algunos pasos en el comedor.

Había confiado en que Pepio San podría volver. Su voz era infinitamente mejor que aquel silencio terrible. Entonces empezaba a darse cuenta exacta de los efectos de la esponja de radio. Una obscuridad completa le envolvía. El débil nimbo de luz que había penetrado el negro vacío, acababa de desaparecer por entero. Sólo poseía la esperanza de que, como le había asegurado el doctor japonés, existía un específico genuino para la ceguera causada por el radio. Pero aquella esperanza era vaga, y Rénwick presentía que el bandido de la esponja había acabado para siempre con su vista. Jamás pensaba resurgir a la luz desde las lóbregas tinieblas donde había sido arrojado. Los bandidos japoneses podían estar seguros de que nunca más le encontrarían en su camino. Tóny Hackett habría de seguir las investigaciones en el punto que él las había dejado.

El ruido de una escoba que se oía en el pasillo lo llevó inmediatamente a escuchar ansioso en la puerta. El ruido se fué aproximando hasta que se detuvo en la habitación del Dr. Tsarka. Un cubo cayó pesadamente en el suelo; después introdujeron una llave en la cerradura de su puerta y ésta se abrió vivamente.

Rénwick retrocedió un paso, levantando instintivamente el brazo izquierdo para defenderse.

— ¿Quién va?, preguntó roncamente. ¿Es Pepio San?

El intruso quedóse un tanto pasmado ante el inesperado encuentro. La que contestó fué una voz de mujer, una voz melosa de irlandesa que suavizó la tortura de la mente de Gifford.

— Soy yo que vengo a limpiar la casa desalquilada, señor. No sabía yo que hubiese aquí un caballero.

El detective no dudó de la identidad de la persona que tenía ante sí. Conocía el tipo de las mujeres limpiacasas de Londres. Dió un paso hacia la puerta sin creer casi a sus sentidos.

— Quiero salir de aquí, dijo vivamente. Los últimos inquilinos se han llevado todos los muebles, supongo; ¿no es así?

— No han dejado ni una tea, señor; fuera de lo que hay en este cuarto. Pero usted parece enfermo y apenado, señor, si me permite la libertad de decirlo...

Rénwick se sintió obligado a explicar su presencia en la casa desalquilada. Un paso repentino hacia adelante le hizo darse un golpe en la pared opuesta del pasillo. Volvióse, renegando, en la dirección de la mujer:

— Anoche me ocurrió aquí un percance. Quizás (buscó en sus bolsillos y sacó una media corona),

quizás será usted tan amable que me guíe hasta la calle. No veo muy bien.

Una ligera boquada de sorpresa recibió sus palabras. La escoba de la mujer cayó inmediatamente al suelo, su mano buscó y tomó el brazo de Rénwick y condujo al detective a través del pasillo, primero al jardín y luego a la casa. Subieron las escaleras del laboratorio con techo de vidrio donde él había observado las pilas, los tubos y probetas. El aire de la calle le dió al punto en el momento en que la mujer abrió la puerta del portal. Él se detuvo indeciso en la escalinata como el que teme lanzarse sin compañía en el remolino del tráfico de Londres.

Volvióse entonces a la mujer que estaba a su lado y le hizo una última pregunta:

— ¿Ha visto usted partir de aquí al Dr. Tsarka?

— No, señor; quien me ha enviado es el procurador de la casa, el Sr. Jénner.

— Pero si la casa acaba de ser desocupada esta mañana, repuso Gifford llevándose automáticamente la mano a la cadena del reloj.

Y añadió maliciosamente:

— Lo que es ese Sr. Jénner no se ha dormido para enviarla a usted a hacer la limpieza.

— Todo el día de ayer lo empleé en limpiar la parte delantera de la casa, replicó inesperadamente para Gifford la irlandesa. Ya ve usted que me hubiese costado poco trabajo abrirle si hubiese sabido que estaba usted aquí.

— ¡Pero si hoy es jueves!, exclamó desconcertado Rénwick. Yo vine aquí ayer, miércoles, antes de media noche.

La irlandesa no pudo contener la risa.

— Con perdón de usted, señor, hoy es viernes. He almorzado un huevo en vez de mi acostumbrada lonja de tocino.

— Llame usted un coche, dijo impaciente Gifford. Debe de haber una parada al extremo de la calle.

Bajó a tropezones la escalinata y esperó consumiéndose de impaciencia a cada segundo que transcurría, hasta que la mujer vino con el taxi. Con ayuda del cochero se acomodó en el asiento y el carruaje salió con dirección de la oficina de Coleman.

No podía Gifford ocultar su disgusto por el transcurso inexplicable del tiempo. Sus exhaustos nervios habían sin duda sucumbido bajo la acometida de la esponja de radio, o tal vez alguna droga desconocida vertida en el café que tomó había contribuido a su largo sueño.

Llegado a la oficina el chofer le ayudó a apearse. Al tiempo que Gifford entraba tambaleándose se oía por la escalera la voz de Tóny Hackett que cantaba. Nunca subía Tóny las escaleras sin que le oyesen tararear, en voz baja de tenor, eso sí, la última canción de los *music-halls*. Cesó la canción en media octava cuando Rénwick se detuvo, buscando a tientas la baranda de la escalera, y se convirtió en un ligero silbido de sorpresa.

— ¡Borracho, por Júpiter!

La mano de Tóny cayó sin ceremonia alguna sobre el hombro de Rénwick y lo arrastró hacia una habitación lateral.

— ¿Dónde has estado metido? Hombre, no te irás a presentar ante el jefe en ese estado...

Las apariencias, el aspecto de Rénwick habían dado pie a las sospechas de Tóny: el rostro sin afeitar, la boca rígida, contraída dolorosamente, y, sobre todo, los ojos medio cerrados, en cuyos párpados se veía una extraña escamilla argéntea.

Hackett lo observó y preguntó vivamente:

— ¿Qué es eso, Rénwick? ¿Qué te ha ocurrido en los ojos?

Rénwick hizo un esfuerzo para hablar.

— He hecho una patochada cayendo en poder de una cuadrilla de bandidos japoneses. Me han tenido preso por dos noches seguidas y han huído. Necesito ver al jefe. Entrame, Tóny.

Antonio Coleman, el jefe de la famosa agencia de detectives, recibió al joven con la acostumbrada inclinación de cabeza.

— Le creíamos a usted en París, dijo brevemente. Parece que le ha acontecido a usted algo desagradable. Siéntese.

Rénwick tomó palpando una silla, vueltos sus ojos apagados por el radio hacia el hombre de la voz autoritaria. Con suma concisión explicó la causa de su ausencia, comprendiendo, con breves frases, la narración de cuanto le había acontecido en la casa del especialista neurálgico japonés.

Antonio Coleman escuchó pensativo, sin demostrar la más ligera señal de sorpresa o de emoción. Su mirada de acero brilló como un relámpago una o dos veces durante la corta relación, mientras sus dedos iban a un cajoncito de su pupitre donde el nombre de Tsarka estaba puesto en índice con otros.

— Su impetuosidad de usted no ha aumentado la

probabilidad de cazar a ese matasanos, dijo cuando Rénwick terminó su narración. Los ladrones del radio estarán probablemente ahora camino de América. Basta de iniciativa personal, exclamó enojado en voz alta.

Y poniendo un legajo de papeles en un cajón de su mesa, examinó más de cerca al joven que había sucumbido después de un trabajo teórico tan brillante para elucidar el misterio del caso Mórítz.

— ¿Está usted completamente ciego, o puede ver algo?, preguntó.

Rénwick se encogió de hombros con algo de hastío.

— Señor, creo que ya han terminado para mí los días de trabajo. Siento que no esté usted satisfecho del resultado de mis fatigas. Las cosas no salen siempre como queremos y como las esperamos; a lo menos, las japonesas, añadió ásperamente.

Antonio Cóleman se movió con desasosiego en su silla.

— Me parece lo mejor, dijo, que consulte usted a un oculista. Telefonaré a Sir Floyd Garston. Es un oculista favorito de los agentes de la Seguridad. Tome usted un coche y anímese; hay que curarse, Rénwick.

En las últimas palabras de Cóleman se vislumbraba una ligera compasión.

Fuera de la oficina del jefe, el irreprochable Tóny Háckett se encargó de su amigo. Mientras descendían por la escalera el pequeño detective sacó una carta de su bolsillo y la puso en manos de su amigo.

— La tomé del buzón de la oficina y pensaba enviársela a tu madre; vaya una letra más rara, añadió mirando el sobre.

Rénwick retuvo el sobre entre sus dedos mostrando una curiosa sonrisa entre sus secos labios.

— Léemela, Tóny. No sospecho de quién pueda ser.

Tóny ojeó la garrapateada misiva y la leyó haciendo frecuentes pausas.

«Apreciado amigo: Le prometí un médico que reparase el daño causado en sus ojos por mi servidor Horubu. Le encontrará usted en el número 11 de la calle Húntingdon, en San Jaime. Yendo a otra cualquier parte pierde usted los preciosos momentos de los que depende su absoluta curación. El médico que le indico es la señora Messonier. Es especialista en el radiomagnetismo, y la única persona capaz en Inglaterra de reparar el daño causado por mi precipitado *confrère* Horubu.

» Teroni Tsarka.»

Háckett colocó cuidadosamente la carta en el bolsillo de Rénwick.

— Ese hombre, exclamó, tiene la impudencia de un rinoceronte. Si alguna vez me lo echo a las narices le voy a calmar los nervios con una dosis de sal y pólvora. ¡El animalucho!

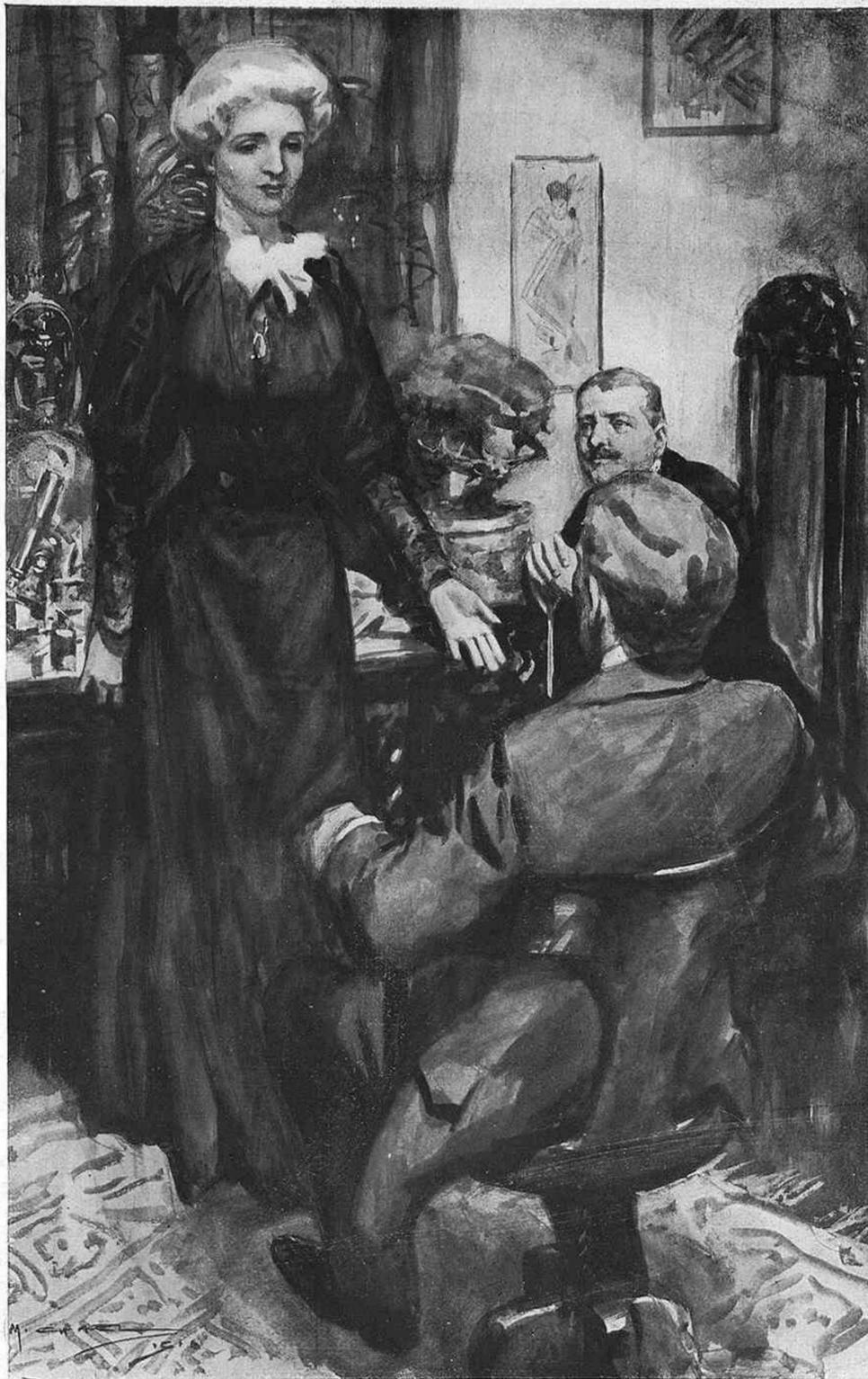
Mientras se encaminaba al domicilio de Sir Floyd Garston, Rénwick describió detalladamente lo que le había ocurrido con el diminuto especialista neurálgico japonés, y Háckett le oyó atentamente sin separar empero la cabeza de la ventanilla del veloz auto. Esperó hasta que su amigo hubo descrito al Dr. Tsarka con toda fidelidad y narrado el episodio de la rata. Entonces Tóny se mordió los labios dominando las ganas de de reírse de su compañero.

— Esos japoneses se han estado pitorreando de ti, Rénwick. Sin embargo, ese Dr. Tsarka es un personaje algo difícil de tratar. Dentro del área de la capital no creo haya muchos como él, me parece, porque si no estábamos arreglados.

Rénwick guardó silencio mientras el coche atravesaba de Whitehall a la plaza de Trafalgar. Detúvose el chofer ante la dirección dada por Háckett, y sin

más ceremonia ambos detectives entraron en casa del famoso oculista.

Antonio Cóleman ya había puesto en antecedentes a Sir Floyd Garston, pues tras de una breve espera los recibió en su gabinete de consulta. Era hombre flaco, de nariz aguileña, con barbilla y frente anormales; y pareció interesarse grandemente en la



Su mirada, con infalible instinto, pasó de Háckett a Rénwick

descripción que le hizo Gifford de su encuentro con los ladrones del radio.

Las escamitas argénteas en las pestañas del detective fueron sometidas a escrupulosa observación. Gifford sólo podía sentir la presencia del oculista que, mientras él estaba sentado en la silla giratoria le inclinaba el rostro con sus dedos flexibles en una dirección o en otra, para tomar mejor los ángulos de reflexión en ciertos instrumentos guarnecidos de espejos que debían enfocar la retina de sus ojos.

Entre el oculista y el paciente hubo un silencio profundo, silencio de vida o muerte para Gifford Rénwick. Su madre no había recibido aún la noticia de su desgracia. Ella le creía todavía en su obligación por la ciudad y su ausencia de casa no la había inquietado, pues sus deberes le llevaban frecuentemente, y a la sazón más inesperada, a través de Europa.

Y lo que llenaba el negro caos de la mente de Gifford era la imagen de su viejecita. En su silencio pensaba si volvería al lado de su buena anciana deshaciéndose y abatido o animado y con esperanzas.

Sir Floyd Garston permaneció un rato ante el detective, a distancia de un paso, teniendo en su mano derecha un espejuelo con marco de acero. Su voz era amable, suave, blanda; pero ya a la primera sílaba que pronunció percibió Rénwick una sensación de malestar, de terror.

— Cuanto me ha referido usted, dijo suavemente, es muy notable, En su retina de usted hay vestigios de un agente radioactivo.

Y cautelosamente aunque pensando con cuidado el efecto de sus palabras, añadió:

— Ciertamente, uno se ve obligado a admitir que le ha penetrado en el ojo algún veneno radioactivo.

Parece que los párpados no han servido de la más ligera defensa.

— ¡Quemaba como el infierno!, murmuró Rénwick, ¿Sabe usted mucho sobre este elemento radioactivo?

La respuesta del oculista fué más clara que el pensamiento de Gifford, tanto que éste temió haber herido la dignidad del gran especialista.

— Quiero decir que es un cuerpo tan desconocido, añadió, que nadie ha explicado aún sus cualidades generativas.

Sintió la mano de Sir Floyd sobre su frente y después los dedos fríos y flexibles sobre su pulso anormal.

Uno no debe insistir tan estrechamente, murmuró el oculista. Yo no tengo interés ni soporto ninguna teoría sobre la radioactividad. En el caso presente me basta diagnosticar en general sobre sus efectos.

— ¿Cree usted?..

— Ah, hémos de tener paciencia. La naturaleza, si uno se sabe dominar a sí mismo, hace prodigios...

— ¿Estaré ciego un año?

Rénwick percibía el poder de las tinieblas que le envolvían, y en aquellos instantes gustó la salvaje desesperación del que entierran vivo.

— No puedo predecir cosa alguna, dijo Sir Floyd. Con todo le recomendaría un hospital oftalmológico. Me parece que su caso de usted requiere ánimo y paciencia.

Y retirando sus instrumentos, añadió:

— El soldado no debe acobardarse ante el cuchillo. Debemos ser un tanto filósofos, porque la filosofía eleva a los hombres sobre el dolor y sobre la muerte.

Gifford salió a tientas por su sombrero en la antesala y entre la lobreguez que le circuea le pareció oír la voz de su madre que le llamaba. Volvióse para murmurar unas palabras de gracias a Sir Floyd, y después con un sentimiento de tedio, de abandono, echóse en brazos de Háckett.

El pequeño detective lo recibió con ternura verdaderamente de madre.

— ¿No estás bien? ¿Has oído algo desagradable, Rény? Vamos, vamos afuera; el aire de la calle es mejor que los perfumes de estas salas de ejecución.

Rénwick no era de los que sienten vivamente o con exageración las propias desdichas, de los que para la más pequeña angustia propia guardan todos los tesoros de su compasión; pero, sin embargo, desde sus infantiles años sintió siempre un indecible horror de la ceguera.

¡Paciencia y valor! Las palabras de Sir Floyd eran la muletilla de todos los cirujanos y especialistas desconcertados. ¿Qué valor le guardaría contra los peligros de la desesperación? ¿Qué paciencia suavizaría una vida de ceguera y prematuro decaimiento?

Cuando subieron al auto que los esperaba Tóny pronunció unas palabras de consuelo.

— Amigo mío, no te inquietes por el veredicto de Garston. Es un viejo... Vamos al hospital, que los médicos, estoy seguro, aliviarán tu mal y llegarán a curarte.

Rénwick levantó protestando una mano:

— No, Tóny, no; al hospital, no. No podría estar allí.

— ¿Por qué? Y Tóny apartó del hombro de Rénwick la mano y le miró con asombro.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES

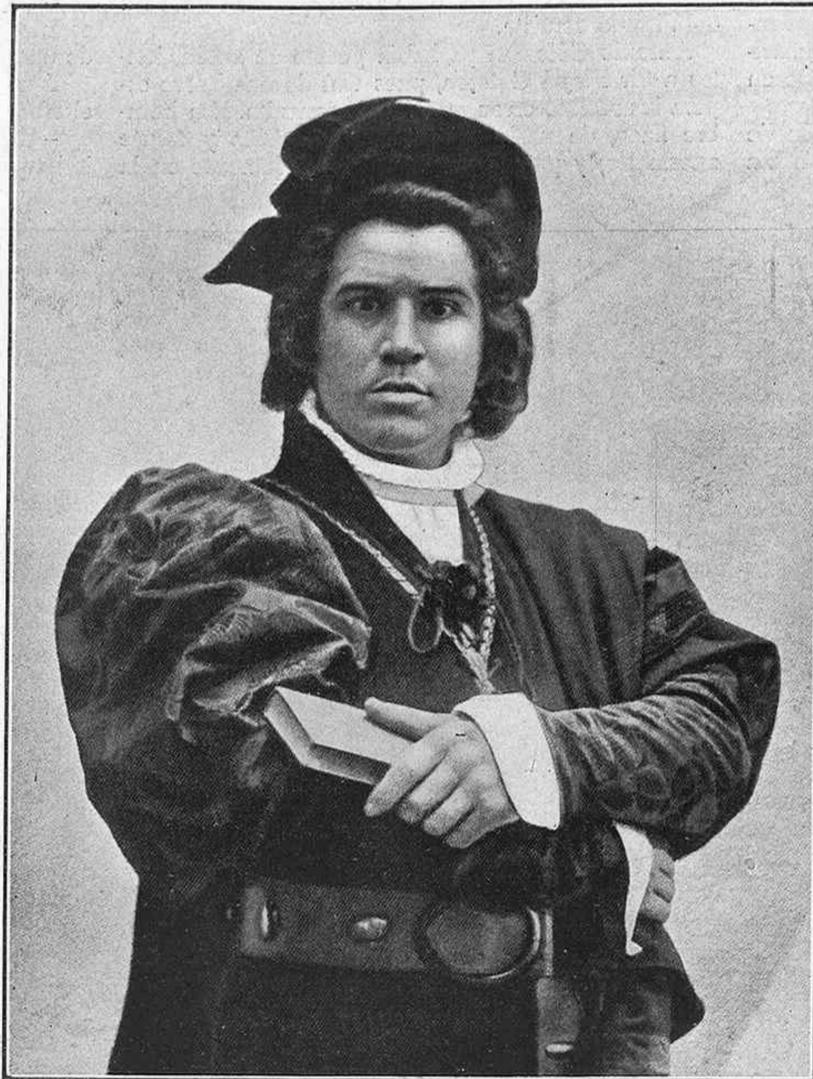
BARCELONESAS

Titta Ruffo en el Liceo. — El eminente baritono, de quien tan gratos recuerdos conservaba el público de Barcelona, está dando en nuestro Gran Teatro del Liceo una serie de funciones que son para él otros tantos ruidosos triunfos y para los filarmónicos barceloneses verdaderas solemnidades musicales.

Titta Ruffo se conserva en la plenitud de sus facultades y en él se juntan todas las perfecciones que a un artista lírico-dramático pueden exigirse. Su voz extensa y hermosamente timbrada, unida a su estilo irreprochable, le permite realizar verdaderos prodigios de emisión y vocalización; y su estudio profundo de cuantos personajes interpreta y su absoluto dominio de los recursos escénicos, hacen que su trabajo como actor raye siempre a la misma altura que su labor de cantante.

Así se explica la fama de que universalmente goza, el favor que le otorgan los públicos más exigentes y el empeño con que le solicitan los más inteligentes empresarios. De Titta Ruffo puede afirmarse que es hoy una de las más grandes estrellas del teatro lírico.

Terminadas sus representaciones en el Liceo, Titta Ruffo cantará en el Real de Madrid y después de una excursión por los principales teatros de Alemania, marchará a América, en donde permanecerá hasta 1916. Dícese que una vez terminados sus compromisos con las empresas americanas que le tienen contratado, se propone abandonar definitivamente la escena para disfrutar tranquilamente en el seno de su familia de la cuantiosa fortuna que en su gloriosa carrera artística ha logrado conquistarse.



El eminente baritono Titta Ruffo, que actualmente da una serie de funciones en el Teatro del Liceo de esta ciudad con éxito extraordinario. (De fotografía.)

Función infantil en el Asilo Cuna del Niño Jesús. — Agradable y simpática en extremo resultó la fiesta que, organizada por la Junta de Damas, celebróse en este asilo la víspera de Reyes y a la que asistieron numerosas y distinguidas fa-

bajo la dirección de D. Eusebio Arnau, los Reyes Magos, después de haber adorado al Niño Jesús, recibieron el homenaje de los pequeños albergados, a quienes entregaron caramelos y turrónes. Además el orfeón de la casa, dirigido

Sainz Noguera *La Princesa*, que representaron admirablemente las señoritas Palau (Isabel y María), Lluiría y Palau (Clara y Margarita), Muntadas y Claramunt, Ferrer-Güell y Parellada y Vidal y Topete. A continuación bailaron con suma elegancia un minué ocho parejas infantiles, que vestían ricos trajes de la época y que estaban formadas por los siguientes niños: Josefina Bosch y Reig y José E. de Olano y Barandiarán; María Proubasta y Castells y Enrique de Olano y Barandiarán; María Ferrer y Llopis y Pablo Castell y Bofill; Mercedes Garriga y Garriga y Pedro Garriga y Garriga; María del Carmen Rocamora y Vidal y Luis Coll y Baurier; Carmen Camps y Estebanell y Felipe Proubasta y Castells; Ana Cantarell y Cornet y Gabriel Lluiría y Palau; y Camila Ferrer-Güell y Parellada y Fernando Riviere Caralt. Terminó la fiesta con la interpretación de la *Danza de Brahms*, muy bien ejecutada por las señoritas Caralt y Carbó.

Para todos hubo muchos y merecidos aplausos.

Fiesta de Reyes en el Asilo del Parque y en la Casa de Caridad. — En ambos establecimientos fué día de gran regocijo para la gente menuda el día de los Reyes Magos.

En el Asilo del Parque, bajo la presidencia del alcalde Sr. Sostres y con asistencia de varios concejales y de numeroso y distinguido público, repartieron juguetes y prendas de vestir a los niños asilados, tres de los cuales recitaron sentidos discursos de gracias al Ayuntamiento.

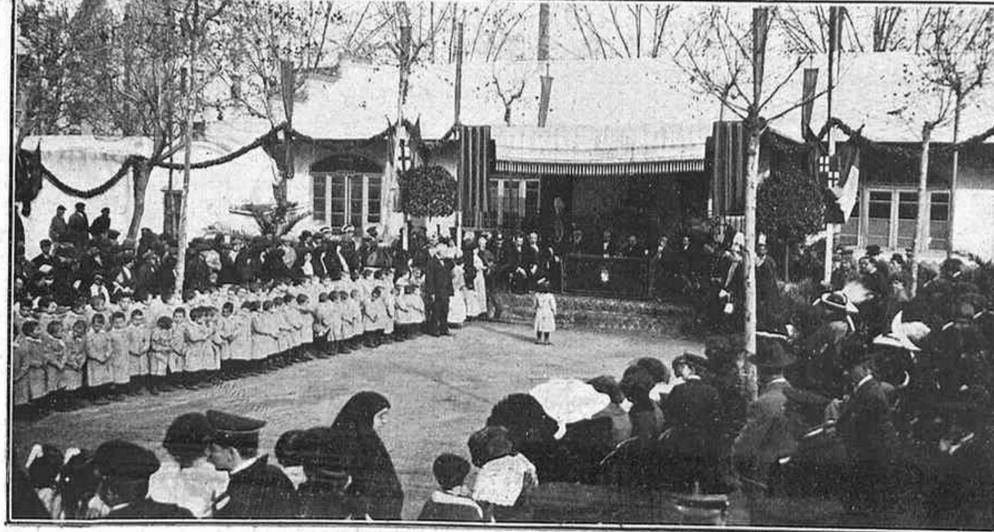
En la Casa de Caridad, en donde se había montado un magnífico belén construido por Olegario Junyent y con figuras de tamaño natural ejecutadas



Barcelona. — Minué bailado por ocho parejas de niños en la fiesta celebrada en el Asilo Cuna del Niño Jesús.

milias de la alta sociedad barcelonesa.

Representóse el juguete en un acto del Sr. Sainz Noguera *Jesús, qué amada!*, que interpretaron con gran acierto las asiladas Luisa García, Mercedes Sancho, Encarnación Pujante, Francisca Moya, Angeles García, Mercedes Busquets, Carmen Martínez, Rosario Aguilar, Julia Morales y Carmen Cahué. Luego las señoritas Caralt y Puig (María y Mercedes) y Carbó y Riera (Elisa y Dolores) y los Sres. Carbó y Riera (Miguel y Julio), ejecutaron con gran ajuste y afinación un andante de Beethoven para piano e instrumentos de arco. Después púsose en escena el sainete original también del señor



La fiesta de Reyes en el Asilo del Parque. (Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

Belén instalado en la Casa de Caridad, construido por Olegario Junyent y con figuras de tamaño natural ejecutadas bajo la dirección de Eusebio Arnau.

por el maestro Lambert, ejecutó varias composiciones; y la señorita Sabater, el Sr. Bataller y la orquesta del establecimiento interpretaron el poema *La nit de Nadal*, letra de J. Casas y Amigó y música del maestro Lamothe de Grignón.

Después, los Reyes Magos adoraron nuevamente al Niño Jesús y se retiraron entre las aclamaciones de la concurrencia.

La fiesta de la Casa de Caridad fué presidida por el diputado provincial Sr. Bartrina en representación del presidente de la Diputación, y a ella asistieron el alcalde, varios diputados y la Junta de la Casa.

EXCMO. SEÑOR LICENCIADO D. MANUEL ESTRADA CABRERA, PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE GUATEMALA.

El señor licenciado D. Manuel Estrada Cabrera, presidente constitucional de la República de Guatemala, ha sido promovido a la dignidad de gran oficial de la Legión de Honor.

Hace poco tiempo que S. M. el rey Víctor Manuel II de Italia y S. M. el rey Alfonso XIII de España le otorgaron elevadas condecoraciones que significan, no solamente la cordialidad y simpatía existentes entre dichos países y Guatemala, sino el alto aprecio que ha logrado conquistarse aquel notable gobernante americano en los distintos pueblos de ambos mundos.

Y en verdad, su labor incesante en beneficio de Guatemala, ya manteniendo a toda costa la paz, fundamento del progreso de las naciones, ya modificando ventajosamente y encauzando la instrucción pública por el sendero más amplio y más seguro a fin de obtener copiosos frutos; su gestión política internacional y preferentemente en Centro América, y aun la lucha intensa que ha sostenido (a despecho de asonadas y golpes anarquistas contra su existencia, reprobados todos por la opinión nacional guatemalteca) para defender los fueros de la Constitución, todo eso, y mucho más, bien largo de referirse, ha venido colocándole indiscutiblemente entre los hombres públicos más prominentes de América, y entre los gobernantes más enérgicos y más progresistas del Nuevo Mundo.

Escuelas, ferrocarriles, organización militar, exposiciones agrícolas e industriales, laboreo de minas, mejora en la beneficencia pública, he ahí algunos de los sumandos de la valiosísima totalidad de empresas realizadas por la inflexibilidad de su trabajo y de su constancia.

Acaba de perder el Sr. Estrada Cabrera a un hijo suyo muy joven, educado en Inglaterra, D. Francisco Estrada y que formaba una de sus más risueñas ilusiones. Esta dura ocasión ha servido al Sr. Estrada Cabrera para medir la elevada estima de que goza entre los hombres eminentes y los gobernantes todos de América que, en lo oficial y en lo particular, se han asociado a su justo duelo; y Guatemala entera ha tenido oportunidad de probar, de manera espontánea y abierta como lo ha hecho, todo su cariño al jefe de la nación, acompañándolo en el dolor inmenso que ha sufrido por aquella honda desgracia.

El Sr. Estrada Cabrera nació en Quezaltenango, segunda ciudad de la República, el 21 de noviembre de 1857.

En marzo de 1911 fué reelegido por segunda vez para el cargo de presidente de la República.



El general americano Goethals, encargado de la dirección de las obras del Canal de Panamá desde el año 1907.

La dignidad de gran oficial de la Legión de Honor con que le ha distinguido la República Francesa, ha de estimarla Guatemala como una recompensa a la fecunda tarea del ilustre presidente y como pequeño lenitivo de la pesadumbre que lo aflige.



Excmo. señor licenciado D. Manuel Estrada Cabrera, presidente constitucional de la República de Guatemala, que ha sido recientemente promovido por el gobierno francés a la dignidad de gran oficial de la Legión de Honor. (De fotografía.)

EL CANAL DE PANAMÁ

Según ha declarado recientemente el general norteamericano Goethals, genial constructor del Canal de Panamá, esta obra colosal, una de las más grandiosas y atrevidas de cuantas en el mundo se han realizado, podrá inaugurarse en 1.º de julio del presente año, es decir, mucho antes de lo que habían calculado los más optimistas.

Este canal, que ha de poner en comunicación el Océano Atlántico con el Océano Pacífico, está formado por dos grandes lagos: el más elevado, que se halla a 26 metros sobre el nivel del mar, ocupa la tercera parte del trayecto total y tiene en su fondo un ancho de 305 metros; el más bajo tiene en el fondo una anchura de 91'50 a 244 metros. Ambos lagos están unidos por el corte de Culebra que, aun siendo la parte más estrecha del canal, tiene una anchura de 61 metros en el fondo y de 63'40 en la superficie, anchura más que suficiente para permitir que en aquella sección del trayecto puedan cruzarse los buques de mayor porte.

Las obras que han debido construirse merecen ser calificadas de gigantescas. Una de las más importantes es la represa de Gatún, cuyo dique se extiende entre dos cerros, en una longitud de 2.409 metros y con una altura de 12 metros sobre el fondo del canal superior y una anchura de 945 metros en la base y de 113 en la corona o parte alta. Este dique es de tierra y roca y forma un verdadero cerro artificial de 16.700.000 metros cúbicos y de 30 millones de toneladas de peso.

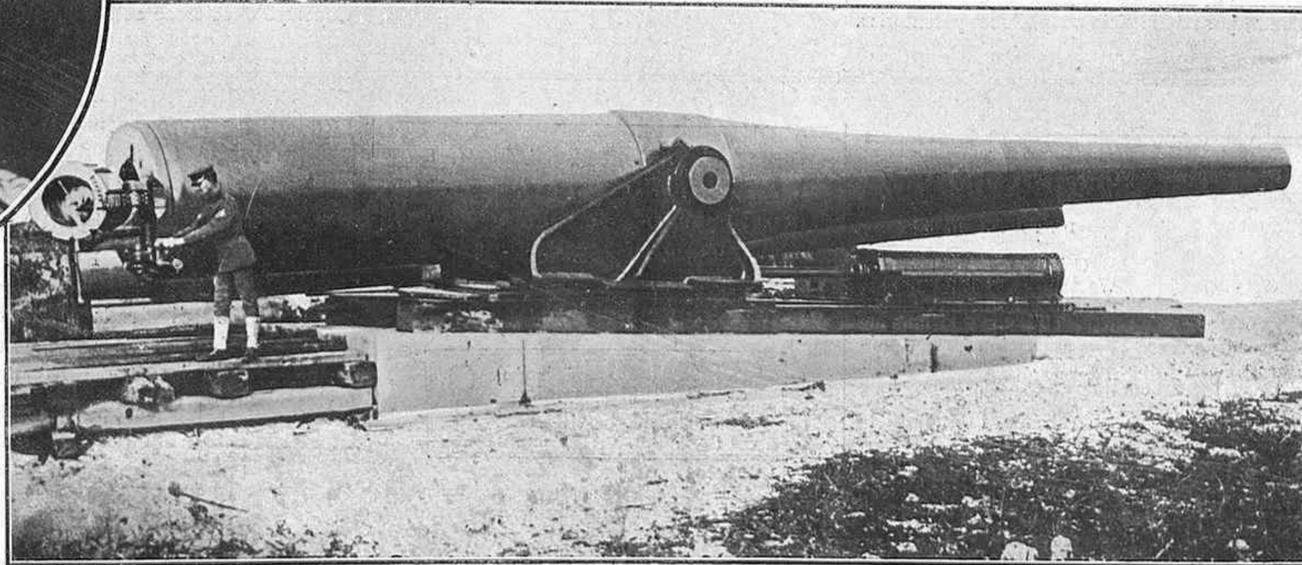
El objeto de la represa de Gatún es doble, consiguiéndose con ella tanto contrarrestar los peligros del temible río Chagres y de sus afluentes, cuanto asegurar una gran dotación de agua en la época del estiaje para alimentar las enormes esclusas.

Las esclusas, en número de tres, son todas idénticas y duplicadas para poder dar paso a dos buques grandes a la vez; están fabricadas con cemento y hormigón y sus puertas, de acero, tienen la rigidez necesaria y están reforzadas con vigas armadas del mismo metal. Su funcionamiento, así como el de las compuertas de que están provistas para dar entrada y salida al agua al paso de toda embarcación, se hará por medio de la electricidad, que será generada aprovechando la fuerza hidráulica que creará la represa de Gatún.

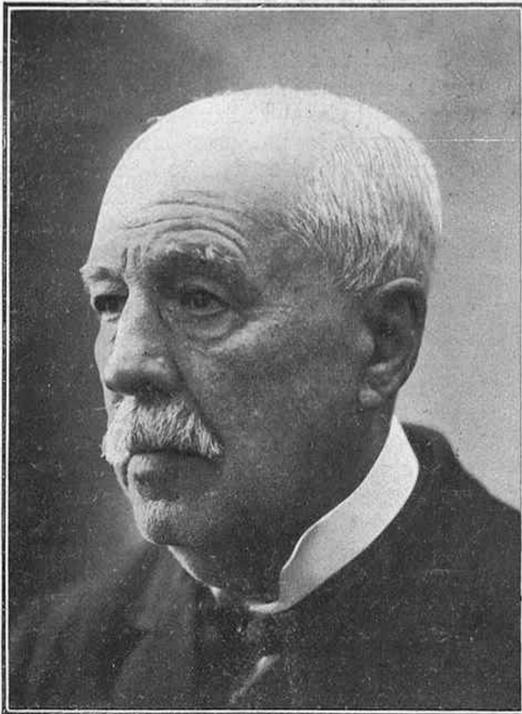
Las dimensiones de las esclusas adoptadas en un principio por la Junta Internacional eran de 274'50 metros de longitud útil por 29 de ancho y con la misma profundidad que el canal, o sea 13'70 metros; su presupuesto se calculaba entonces en 36 millones de pesos oro. Pero estas dimensiones no parecieron bastante grandes y en definitiva las esclusas tienen hoy 305 metros de longitud y 33'50 de anchura útil y han costado 60 millones de pesos oro; por ellas podrán pasar no sólo los mayores transatlánticos, sino también los más formidables buques de guerra del tipo llamado *Dreadnought*.

Esta obra ha sido construída, como antes decimos, bajo la dirección del general americano Goethals, cuyo retrato publicamos adjunto.

Las entradas del nuevo canal serán defendidas por cañones monstruos de 49 pies de largo por 60 pulgadas de diámetro y de 130 toneladas de peso, que se cargan con 576 libras de pólvora sin humo y cuyo alcance es de 21 millas.

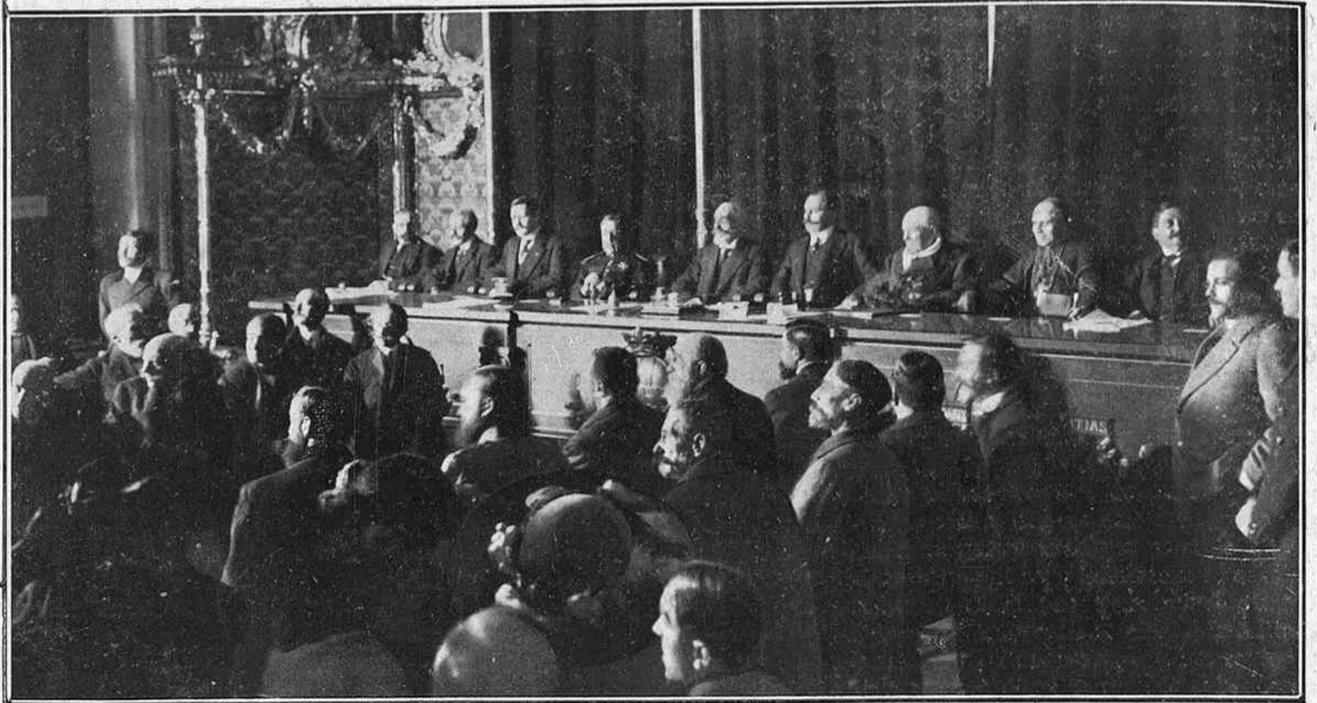


Uno de los cañones colosales que defienden la entrada del Canal de Panamá, que se inaugurará en julio próximo. (De fotografías de Carlos Trampus.)



Venancio Vallmitjana, ilustre escultor a quien recientemente se ha tributado un homenaje

BARCELONA
HOMENAJE AL ILUSTRE ESCULTOR VENANCIO VALLMITJANA



Solemne sesión celebrada en el salón de actos de la Cámara de Comercio en honor del ilustre escultor D. Venancio Vallmitjana. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Organizado por la revista comercial iberoamericana *Mercurio*, celebróse hace algunos días un solemne homenaje al decano de los artistas catalanes, al ilustre escultor y esclarecido maestro D. Venancio Vallmitjana, gloria de nuestro arte, que a pesar de sus ochenta y tres años de edad todavía maneja el cincel y forma discípulos en su cátedra de la Escuela Provincial de Bellas Artes.

El acto se efectuó en el magnífico salón de la Cámara de Comercio, en el Palacio de la Lonja, y fué presidido por el gobernador civil Sr. Sánchez Anido, quien tenía a su izquierda al homenajeado, al obispo Dr. Laguarda, al presidente de la Academia provincial de Bellas Artes señor conde de Lavern, al vicepresidente de la Cámara de Comercio Sr. Ramos y al director de la revista *Mercurio* Sr. Rahola; y a su derecha al director de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes Sr. Fuxá, al capitán general Sr. Weyler, al diputado provincial Sr. Sansalvador, al catedrático de esta Universidad Sr. Jordán de Urrés y al representante de la Junta de Museos se-

Al entrar en el salón el Sr. Vallmitjana fué saludado con una estruendosa y prolongada salva de aplausos.

Inició los discursos el Sr. Rahola, director de la revista *Mercurio*, expresando la satisfacción que sentía por haber iniciado el homenaje al maestro glorioso a quien se debe en España el progreso alcanzado por el arte escultórico y que después de haberse formado a sí mismo ha formado dos generaciones de artistas. Terminado su discurso, el Sr. Rahola hizo entrega al señor Vallmitjana de un álbum con las firmas de 400 artistas discípulos suyos.

El Sr. Rodríguez Codolá leyó un interesantísimo trabajo sobre la vida y la obra del artista, que desde los más modestos comienzos llegó al pináculo de la fama, viendo consagrada su labor



Estatua yacente de D. Rafael Garreta, obra de Venancio Vallmitjana

ñor Rodríguez Codolá. Concurrieron, además, representaciones del Ateneo Barcelonés, del Círculo Artístico, de la Asociación de Arquitectos, del *Círcol Artístich de San Lluch*, del Fomento de Artes Decorativas, de la Asociación de la Prensa Diaria y de otras muchas entidades y corporaciones, así como gran número de artistas y escritores. El alcalde Sr. Sostres estuvo un momento al comenzar el acto, excusándose de no poder asistir, en representación del Ayuntamiento, por impedírselo ocupaciones perentorias.

al serle concedida por aclamación, en 1890, la primera medalla en la Exposición de Bellas Artes de Madrid por su hermoso grupo *La Tradición*, que reproducimos en este número.

Pronunciaron también sentidos discursos Apeles Mestres, el conde de Lavern y el obispo Dr. Laguarda, poniendo término a la sesión el gobernador civil, quien, después de tributar un entusiasta elogio al Sr. Vallmitjana, adhirióse al homenaje en nombre del gobierno.

Concluyó el solemne acto abrazándose efusivamente los Sres. Vallmitjana y Fuxá - P.



PERROS DE RAZA
DE TODAS CLASES

Criadero deportivo «La Wartburg». Distinguido con más de 200 premios del Estado, diplomas de honor y de clasificación (SIN COMPETENCIA). Lista de precios núm. 26 gratis. Album artístico núm. 26 contra envío de marcos 1,50.

PAUL KOEHLER, OSSMANNSTEDT (Alemania)

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE



LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA
SAVONAROLA - LUTERO - CALVINO - SAN IGNACIO DE LOYOLA
POR D. EMILIO CASTELAR

Esta obra, ilustrada con láminas en colores y grabados en acero, consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadrados con hermosas tapas alegóricas, y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales, en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN